LEON STEIN

La viuda alegre

Opereta en tres actos

Música del maestro

Franz Lehar

Roger

MADRID
Sociedad de Autores Españoles
1913

1

La viuda alegre

LA VIUDA ALEGRE

OPERETA EN TRES ACTOS

Leon Stein

MUSICA DE

FRANZ LEHAR

VERSIÓN ESPAÑOLA DE

A. ROGER JUNOI



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FÉLIX COSTA
45 - Conde del Asalto - 45
1913

PERSONAJES

ANA DE GLAVARY.
VALENCIENNE.
SILVIANA.
OLGA.
PRASCOVIA.
LOLO, DODO, JOU-JOU, FROU-FROU, CLOCLO, MARGOT — Grisetas.
EL BARÓN MIRCO ZETA, embajador de Pontenegro en París.
EL CONDE DANILO, secretario de la embajada y teniente de caballería ligera pontenegrina.
CAMILO ROSILLON.
EL VIZCONDE ZANCADA.
RAUL SAINT-BRIOCHE.
NIEGUS, canciller de la embajada.
BOGDANOVICHT, cónsul de Pontenegro.
KROMOW, consejero de la embajada.
PRISTKIST, coronel agregado a la embajada.
UN CRIADO.

Parisienses, pontenegrinos, músicos, titiriteros, criados danzantes, etc.

La acción en París.

Primer acto: Salones de la embajada.
Segundo acto: Jardín en casa de Ana.
Tercer acto: Facsímile del restorán «Maxim», de París, en el palacio de Ana.

N. B.—Bajo el nombre de Pontenegro entiéndase Montenegro. Por consiguiente, los trajes nacionales del segundo acto deben ser montenegrinos.

Derecha e izquierda, las del espectador.



ACTO PRIMERO

Gran salón en cuyo fondo hay otras dos salas iluminadas espléndidamente. A la izquierda, la puerta principal. A la derecha, primer término, una especie de gabinete al que dan acceso algunos escalones; en él una «chaise-longue», velador, etc. Al fondo, en el salón, retratos de tamaño natural del soberano y de la soberana del Principado, en traje nacional pontenegrino.

ESCENA PRIMERA

ZETA, VALENCIENNE, CAMILO, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, BOGDANOWICHT, SILVIANA, KROMOW, OLGA, PRISTKIST, PRASCOVIA, caballeros y damas. Seis criados de librea brillante escanciando el champaña.

NÚMERO I. — INTRODUCCIÓN

Los últimos giros del cotillón se verificarán pasando de la tercera sala a la primera entre carcajadas y animada charla. Parte de las parejas salen bailando por la puerta derecha de las salas posteriores. Otros personajes en escena: entre ellos los arriba indicados. Después del cotillón, los criados sirven rápidamente el champaña. Camilo conversando con Valencienne en el gabinetito de la derecha.

Música

ZANCADA — Ilustres y nobles amigos,
cual siempre al barón honráis;

mi fuerte no es la oratoria
mas tengo sinceridad :
quiero expresar el sentimiento
de adhesión más firme y cabal,
que me inspira nuestro Mirko Zeta
por su finura proverbial.

TODOS ¡ Bravo, bravo ! (Brinda con Zeta y luego habla íntimamente con Silviana.)

CORO Nos encanta nuestro Mirko Zeta
por su finura proverbial.

ZETA (Lleva dos monóculos que toma y deja alternativamente.) Celebro que mi fiesta os guste
y es doble mi felicidad :
la intimidad va de consuno
con él carácter oficial.
El acto no responde sólo
al hecho de nuestra amistad :
mañana es del rey cumpleaños
y hoy lo debemos festejar
(Inclínase ante los cuadros del fondo. Todos le imitan.)
Embajador de Pontenegro,
por cortesía y dignidad,
desde París deseo honrar al rey
y al suelo nacional.
(Alzando la copa y brindando con todos.)

TODOS Embajador de Pontenegro,
por cortesía y dignidad,
desde París desea honrar al rey
y al suelo nacional.
(Los criados retíranse con el servicio de copas, etcétera, etcétera. El coro se retira a las tres salas contiguas. Saint-Brioche habla bajo a Olga, Kromow, observador incesante, pasea celoso.)

Hablado

ZETA Voy a poner al instante un telegrama a mi egregio soberano y señor, participándole que en la víspera de su cumpleaños también en el lejano occidente nuestro corazón palpita por él.

TODOS ¡ Bravo !

KROMOW (A Olga, que habla con Saint-Brioche.) ¡ Olga !

OLGA ¿Qué quieres?

KROMOW ¿Sigues coqueteando?

BRIOCHE *¡Oh, pardon!* (Retrocediendo, va hacia el fondo.)

OLGA ¡ Pero hombre, déjame en paz !

KROMOW ¡ Pues no coquetees ! (Olga incomodada va al fondo, Kromow la sigue, disputando con ella. Olga desaparece, Saint-Brioche va a seguirla y Kromow lo impide, tomando del brazo a Saint-Brioche y hablando bajo con él.)

ZETA (A varios.) Observen ustedes lo celoso que es nuestro buen consejero de la embajada.

BOGDANO. ¡ Qué ridiculez ! Vuecencia sí que podría estar celoso con mayor motivo.

ZETA ¡ Cómo ! ¿Por qué, señor cónsul?

BOGDANO. ¡ Bah !... Usted... casado con una criatura de dieciocho abriles. ¡ Usted... que ya resulta... madurito !...

ZETA Conque madurito ¿eh?

PRIST. No temas, amigo Mirko, tu mujer es un modelo de cortesía...

ZETA Sí, coronel. Es en verdad una muchacha inocente. Véanla ustedes, cómo ahora discute tranquilamente con el amigo Camilo de Rosillón. (Indicando el gabinetito. Vuélvese hablando con los caballeros.)

CAMILO ¡ Soy dichoso ! (Tiene en la mano el abanico de Valencienne y escribe en él con un lápiz.)

VALEN. Quiero que hablemos en serio ; pero ahora no, cuando estemos solos. ¿Qué escribe usted en mi abanico?

CAMILO Como me prohibe usted decírselo, escribo aquí... «¡ Te amo !» (Devuelve el abanico a Valencienne.)

ZETA ¡ Querida Valencienne ! (Llamándola.)

VALEN. ¡ Esposo amado ! (Bajando la escalera del gabinete.)

ZETA Perdóname si te recuerdo tus deberes... como dueña de la casa, suplicándote al propio tiempo que veas si ha llegado ya la

señora viuda de Glavari... ¿Quieres dar un vistazo por las salas contiguas?

VALEN. ¡Con mucho gusto! (Lanza una mirada expresiva a Camilo, y vase por el centro. Camilo mira a su alrededor algo receloso y la sigue. La concurrencia se halla en las salas del fondo.)

BOGDANO. ¿De modo que asistirá también la Glavari, la viuda del banquero? (Olga vuelve a entrar con Kromow, Saint-Brioche detrás.)

ZETA ¡Ya lo creo! La viuda es un negocio diplomático a la vista. Me interesa en alto grado.

BOGDANO. Vuecencia está al acecho de los veinte millones que tiene la viudita.

ZANCADA ¡Veinte millones! ¡Canario!

BRIOCHE ¡Veinte millones! ¡Qué belleza!

ZETA Depositados en el Banco Nacional Pontenegrino.

BOGDANO. ¿Están allí seguros?

ZETA Más seguros, ciertamente, que si confiase sus millones a algún pariente arruinado... casándose con él.

ZANCADA ¡Ah! ¿Piensa casarse con algún parisién?

BRIOCHE ¿Con un parisién arruinado? ¡Qué hermosura!

ZETA Mucho me lo temo.

PRASCO. Eso es tener suerte. ¡Ahí está! ¡la hija de un pobre hombre... lleno de deudas... que logró casarse con el banquero, y al cabo de los ocho días de casada enviudó quedando heredera única de la inmensa fortuna del difunto! (Se levanta dirigiéndose a Pristkist.) ¿Ve usted, Pristkist? ¡Aun hay en el mundo corazones magnánimos! (Va hacia el fondo, donde conversa con las damas.)

ZANCADA ¿Y aquella sencilla muchacha lugareña, la convertiría el banquero en elegante dama de la alta sociedad?

OLGA Al contrario; prueba de ello es que suelta inopinadamente cada barbaridad...

ZETA Sin embargo... sin embargo... (Oyese música interior. Número uno y medio.) Señores, el des-

canso ha terminado. Se reanuda el baile. (En la tercera sala bailan. Otros caballeros y damas desaparecen.)

BRIOCHE (Subiendo preocupado.) ¡ Veinte millones !

ZANCADA (Ya en la puerta del centro.) Señor de Saint-Brioche...

BRIOCHE Señor vizconde...

ZANCADA ¿ Usted se casaría con la viuda?

BRIOCHE Hombre, si ella quisiera...

ZANCADA ¡ La viuda será para mí ! (Con fatuidad.)

BRIOCHE ¡ Oh ! ¡ quién sabe ! (Vase por el fondo.)

ZETA (Solo en el proscenio.) ¡ La viuda de Glavari no se casará con un parisién !... Los veinte millones debo conservarlos para mi patria. La herencia importantísima ha de obtenerla Pontenegro. Ante todo, seamos buenos patriotas. (Vase. En la tercera sala se ve el movimiento de la concurrencia mientras que la segunda se halla desierta como la primera.)

ESCENA II

VALENCIENNE y CAMILO

(Por la derecha entra Valencienne al atacar la orquesta el primer compás, mirando a su alrededor. En seguida Camilo también por la derecha.

Música. *(Duetto.)*

VALEN ¡ Buena ocasión ! ¡ No hay nadie aquí !

CAMILO Estamos solos... ¡ Qué placer !

VALEN. Tenemos que hablar hoy en serio.

CAMILO Quiero ante todo decir a usted que...

VALEN. No, no, soy yo primero.
Ya hablará después.

CAMILO Harto he callado. No puedo más.
Piedad, piedad, no sea tan cruel.

VALEN. Preciso es no hacerse ilusiones
y que terminemos.

CAMILO ¿Por qué?
VALEN. Casarse usted debe.
CAMILO ¿Casarme yo?...
No puede ser.
¡Mi vida y mi amor
a ti consagré!
VALEN. No me hable de amor.
Conténgase usted.
Yo soy una dama de honor.
Mi pecho detesta al traidor;
respeto mis juramentos
dispuesta a sufrir mil tormentos;
honrada y sumisa mujer,
no sé lo que es delinquir;
jamás faltaré a mi deber
pues antes prefiero morir.
Yo aquí sola pierdo
y usted nada alcanza;
dejemos que el juego
no pase de chanza.
Es tentador hablar de amor.
¿Por qué nos hemos de exponer?
Hay que callar y terminar:
resignación ha de tener;
con el fuego yo no he de jugar
pues me podría por fin quemar;
y usted por mí
sólo es aquí
quien el incendio ha de apagar.

II

CAMILO Bien sé que una dama de honor
detesta al osado traidor,
y en cambio usted sabe, señora,
que a un sordo dirígese ahora.
Su ruego no puedo atender,
ni puedo dejar de sentir;
prefiero mejor que ceder
mil veces de pena morir:
ya nada me apura,

ni nada me espanta,
tu amor, vida mía,
tan sólo me encanta...

VALEN. Hablar de amor
es tentador.
¿Por qué nos hemos de exponer?
Hay que callar y terminar;
resignación ha de tener;
con el fuego yo no he de jugar
pues me podría al fin quemar, etc.

CAMILO Hablar de amor
es lo mejor,
inmenso es mi querer.
Yo quiero amar
y en ti buscar
la dicha y el placer;
quiero confiar,
de amor hablar
con frenesí,
que sólo así
ser puedo yo
quien el incendio ha de apagar.

Hablado

VALEN. No, no, no. ¡Es preciso que terminemos! ¡Aléjese de mí!

CAMILO ¡Imposible!... En fin, puesto que usted lo desea... abandonaré esta casa... París, Europa, ¡el mundo!... (Dando algunos pasos hacia la izquierda.)

VALEN. ¡Rosillón!... Antes suplico a usted que me acompañe al salón de baile...

CAMILO ¡Bueno!... ¿Y después?...

VALEN. Después... ya veremos... (Vanse por el fondo, del brazo.)

ESCENA III

ZETA y NIEGUS, por la izquierda, segundo término

ZETA — ¿De modo que ha visto usted al conde?

NIEGUS — El conde Danilovick no estaba en casa.

ZETA — ¿En el club?

NIEGUS — Tampoco estaba en el club.

ZETA — Tal vez... ¿con su amiga?

NIEGUS — ¿Cuál de ellas?

ZETA — ¡Ah, si hubiese usted recorrido el domicilio de todas!...

NIEGUS — Hubiese empleado dos días y dos noches en recorrerlos.

ZETA — (Paseando; luego pasa a la izquierda.) Este conde resulta muy original. La patria necesita de él continuamente... (Movimiento de monóculo.) y no le encuentra por ninguna parte.

NIEGUS — Pero yo bien le he encontrado.

ZETA — (Volviéndose rápido.) ¿Dónde?

NIEGUS — En el restorán Maxim, junto a las grisetas. Y aquí para *inter nos*... aseguro a vuecencia que son unas niñas encantadoras...

ZETA — (Interrumpiéndole.) Conque... ¿ha cumplido usted mi encargo?

NIEGUS — Sí, excelencia. Dije al secretario que la patria le llamaba y que se presentase inmediatamente en el palacio de la embajada. El señor conde me contestó: ¡Expresiones a la patria y que se alivie!

ZETA — ¡Cómo! ¿Que se alivie?

NIEGUS — Advierto a vuecencia que el secretario estaba algo...

ZETA — ¿Qué?

NIEGUS — Mareado... por los vapores... ¿Comprende, vuecencia?

ZETA — ¡Borracho, vamos!

NIEGUS — ¡Ebrio!

ZETA — ¡La patria le necesita y le encuentro hecho una cepa!

NIEGUS Pero en cuanto le dije que vuecencia deseaba hablarle urgentemente, me prometió presentarse en seguida. Antes de un cuarto de hora estará aquí.

ZETA Menos mal. ¡No extrañe usted, Niegus, que haya elegido al conde para una misión diplomática... a él que es la negación de la diplomacia misma, que es el más aturdido de los pontenegrinos!...

NIEGUS Me extraña hasta el punto que puede asombrarse un canciller, como yo, de la embajada pontenegrina.

ZETA El caso es que yo sé aprovechar las aptitudes del personal a mis órdenes. El conde tiene que ganar veinte millones para nuestra patria.

NIEGUS ¿El... ganar? Perdone vuecencia... Eso nunca lo consiguió el conde.

ZETA Pues hoy mismo lo conseguirá. En cuanto venga, avíseme inmediatamente; la patria necesita de él. (Calándose los dos monóculos.)

NIEGUS Una pregunta, señor embajador. ¿Cuál de sus ojos es el defectuoso?

ZETA Vaya una pregunta. (Quitándose los dos monóculos a la vez.) ¡Ninguno de los dos! (Empieza la música en la orquesta. Núm. 3.)

ESCENA IV

Dichos, catorce caballeros, ZANCADA y SAINT-BRIOCHE. Vienen de la tercera sala y atraviesan la escena, desapareciendo por la primera puerta de la izquierda.

ZETA ¿Qué significa esto?

ZANCADA La señora viuda de Glavari acaba de llegar. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

BRIOCHE ¡Veinte millones! (Vase por la izquierda.)

NIEGUS La viuda alegre... ¡un luto placentero! ¡Veinte millones! ¡Me gustaría heredar un legado semejante! (Vase por el centro.)

Música

Los caballeros Zancada y Saint-Brioche, vuelven a escena. Ana ricamente vestida en traje de gran «soirée». Los caballeros la rodean.

ANA — ¡Muy señores míos!
ZANCADA — ¡Oh, estrella de sin par fulgor!
(Todos se inclinan.)
ANA — ¡Cuántas reverencias!
ZANCADA — ¡Astro de beldad!
ANA — ¡No más, por Dios! ¡Basta ya!
BRIOCHE — ¡Al contemplar a usted así, me entusiasmo!
ANA — ¡Señores, vamos, por piedad!
¡Oh, qué exageración!
¡Yo tanto no merezco, no, en verdad!
BRIO., ZAN. y CORO — ¡Tan peregrina perfección
que cause admiración
es natural!

I

ANA — Yo las costumbres de París
no puedo practicar,
ignoro la etiqueta *chic*
de la alta sociedad.
Pontenegrina neta soy,
nacida en pobre hogar...
yo del gran mundo nada sé,
mas digo la verdad:
cuando me veis, venís a mí
cual si fuese un imán,
como imán no soy,
mis millones lo serán.
CORO — ¡Oh, oh, oh, oh!...
ANA — ¿Por qué tal estupor?
Las viudas a mi ver
porque lo son suelen gustar...
mas las viuditas millonarias
me parece a mí que gustan más.
¡Ah!

BRIO. Y ZAN. Fuera mezquindad
adular a usted
por su gran caudal.

CORO Viuda con caudal,
doble valor siempre tendrá.

ANA Pero la viuda sin capital
menospreciada
será.

ZANCADA Cuánto me encanta
su claridad.

CORO Tiene razón,
es verdad,
lo que fascina
es el caudal.

ANA En Pontenegro, mi país,
pecado es adular :
y perseguir a la mujer
también vedado está.

(Pasa a la izquierda ; todos la persiguen.)

Si zanganea alguno allí
con importunidad,
le dicen lo que os digo yo :
¡ No me fastidien más !

(Pasando hacia la derecha : el mismo juego.)

No, no, no más cortesías :
basta ya de hipocresías.
¡ Ah ! A otro can con ese hueso.
¡ Señores, dejadme en paz !...

BRIO., SAN. Soy un caballero
¡ CORO franco y leal,
odio la intriga ; odio
la falsedad.
Yo no sé fingir,
yo no sé adular.
Un caballero siempre soy
franco, sincero y cabal.

(Ana entrega su abrigo salida de baile a un criado.)

Hablado

ZANCADA Señora, posee usted una voz argentina.

BRIOCHE En efecto, tiene un claro y límpido metal de voz...

ANA ¡Ya! Resuena como si fuesen libras esterlinas. No tomen ustedes a mal, señores, si me expreso así.. Yo digo lo que siento. Hace muy poco tiempo que estoy en París para saber fingir como vosotros. Además me falta el talento. (Pasando a la izquierda; la siguen.)

BRIOCHE ¿Baila usted, señora?

ANA Procuraré complacerles.

BRIOCHE En tal caso...

ZANCADA (Apartando a Saint-Brioche.) ¿Me permite usted que inscriba mi nombre en su lista de baile?

ANA Aquí está la lista comprometedora. (Entrégale la lista y pasa riendo a la izquierda. Zancada firma sobre el velador.)

BRIOCHE ¡Yo también!

CAB. ¡Y yo!... ¡y yo! (Entran en el gabinetito arrebatándose la lista y firmando todos.)

ANA (Sí, sí, todos... ¡todos!... He aquí un pelotón de zánganos que van a hacerme sudar con acompañamiento de música! ¡Qué divertido es todo esto!)

ESCENA V

Dichos, ZETA, VALENCIENNE y CAMILO, por el centro

VALEN. Señora, tengo mucho gusto en saludarla.

ZETA Altísimo es el honor que usted nos otorga... (Inclínase y se vuelve hacia los tres del fondo con quienes habla.)

ANA Muy bien, muy bien. (¡Cuánta tontería!...)

CAB. (El último que firmó.) Tengo el honor de de-

volver a usted la lista de los comprometidos.

ANA ¡ Oh ! (Burlándose, guarda la lista y habla bajito con él.)

VALEN. (A Camilo.) (¿ Se casará usted con la viuda?)

CAMILO ¡ No !

VALEN. ¿Cómo que no? ¡ Lo exijo ! ¡ Entre nosotros todo ha terminado ! (Alto, acercándose a Ana.) Señora, me permito presentar al distinguido joven Camilo de Rosillón, que desea firmar en su lista de baile.

ANA ¡ Sí, sí, firme !... Me parece que aún queda disponible el descanso.

VALEN. (A Camilo, con rapidez.) Se guardará usted muy bien de bailar con ella durante el descanso.

ANA Señores, ¿ saben ustedes una cosa? Que mañana daré una fiesta al estilo de mi país... en honor de nuestro buen soberano. Toda la colonia pontenegrina, en París está invitada y ustedes también desde este momento. (Los caballeros acércanse a ella presurosos, inclinándose. Zeta pasa al centro.) Y ahora, bailaré con ustedes hasta que nos rindamos de cansancio.

VALEN. (A Camilo.) No consiento que sea de los que rindan a la viuda... No lo permito. (Se retira al fondo discutiendo.)

ZETA (A Ana.) Posee usted un temperamento natural bien definido. Resulta el *pendant* de mi secretario de Embajada, nuestro querido conde Danilovick, que continúa siendo el verdadero tipo pontenegrino montañés... ¡ el hombre franco de la selva !

ANA (Seria.) ¿ Por qué me compara usted con el conde?

ZETA (Confuso.) ¡ Bah !... porque... es decir... verdaderamente...

ANA (Casi sentimental.) El conde y yo... sí, sí, tiene usted mucha razón. ¡ Podemos los dos !... (Bruscamente, pasando delante de él hacia la izquierda.) ¡ Pero, no, no !

ZETA ¿Qué?

ANA ¡Nada, nada!

ZETA ¡Ah, yo creía!...

VALEN. (A Camilo.) (Ofrézcala usted el brazo. Es un deber de cortesía... Lo quiero.) (A Ana.) Señora, cuando usted guste, recorreremos los demás salones.

CAMILO (Ofreciéndole el brazo a Ana. Música dentro.) Ruego a usted...

VALEN. (Interponiéndose a Camilo.) (No la ofrezca el brazo.) (Camilo se inclina confundido ante Ana y encogiéndose de hombros, se retira.)

ANA (Riendo impaciente.) ¿Vamos, señores?

CAB. (Ofreciéndola el brazo.) ¿Permite usted?... ¿permite usted?...

ANA Tantos brazos sólo porque soy millonaria. (A Zeta, mientras se cuelga de su brazo.) Vamos, barón, usted es el más inofensivo, digo, el más formal. ¡Oh! perdóneme, pero por poco cometo una torpeza y le insulto. (Vase riendo con Zeta por el centro. Los demás les siguen.)

ZANCADA (A Saint-Brioche, deteniéndole.) ¡La viuda será mi mujer!

BRIOCHE ¡Mía lo será!

VALEN. (A Camilo.) Es preciso que se case usted con ella.

CAMILO ¡Imposible!

VALEN. Lo quiero, lo exijo; anhelo que sea usted dichoso y yo deseo continuar siendo una mujer honrada. (Muy emocionada.) Déme usted el brazo.

CAMILO (Resignado.) ¿De manera que yo tengo que casarme con la viuda?

VALEN. ¡Guay de usted, si intenta sólo aproximarse a ella! (Vase con él por el centro.)

ESCENA VI

Todas las salas desiertas. DANILO y NIEGUS, por la segunda puerta de la izquierda. Este entra por la primera y se inclina. DANILO, frac, sobretodo, con el cuello levantado y el sombrero de copa echado atrás, somnoliento. Música.

Hablado

DANILO — Bueno, ya estoy aquí... A ver y la patria, ¿dónde está?

NIEGUS — Inmediatamente anunciaré a su excelencia su llegada. (Vase por el centro.)

Cantado

DANILO

Oh patria mía, por tu bien
durante el día velo yo,
mas por la noche déjame
algunas horas de expansión;
en el despacho suelo entrar
al dar las doce en el reloj,
pues no hay quien pueda resistir
un día entero de *buró*.
Si grave asunto he de tratar
con nadie conferencio yo,
que en diplomacia la mudez
es cualidad *sine qua non;*
por no gastar tinta y papel,
escribo al año un acta o dos:
mi pluma siempre seca está,
cual mi caudal que se agotó:
la higiene manda reposar
tras la diaria ocupación,
por eso a su mandato fiel
la noche entera huelgo yo...
Al restorán *Maxim*
de noche siempre voy,
y junto a las grisetas
espero al nuevo sol...

Con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Margot, Frou-frou, Clocló,
me olvido de la patria
y del embajador...
Se brinda con champaña
que alegra el corazón.
después se cancanea
con báquico fervor...
con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Margot, Frou-frou, Clocló...
me río del dios Momo...
¡el más risueño dios!

Hablado

(La concurrencia en la sala tercera. Niegus vuelve por el centro. Danilo se quita el sobretodo, el sombrero y el bastón, abandonando todo ello en el gabinetito de la derecha.)

DANILO Conque Niegus, ¿dónde está la patria?

NIEGUS No he podido, señor conde, anunciarle a su excelencia porque se hallaba conversando con la viuda de Glavari.

DANILO (Muy asombrado.) La señora de Gla... Ana de Glavari... Dime, Niegus, ¿qué desea de mí la patria?

NIEGUS Su excelencia ha dicho algo así como ganar millones.

DANILO ¿Quién, yo? Gastarlos bien sabré, pero ganarlos... ¡Ja, ja, ja! (Risa especial, que ha de resultar para el efecto característico, como muletilla.) ¡Que la patria no me ponga en tan duro aprieto! (Bosteza estirando los brazos.)

NIEGUS Se lo comunicaré a la patria. Voy a anunciarle. (Medio mutis.)

DANILO No, no quiero, Niegus. Espera un momento. Esta es la cuarta noche que paso sin dormir... Me rinde el sueño... (Bosteza.) Voy a tumbarme un instante.

NIEGUS Verdaderamente se le conoce a usted la falta de sueño. ¡Bueno! Descanse usted,

y ya le anunciaré al embajador un poco más tarde.

DANILO Justo, sí. Dentro de dos o tres horas.

NIEGUS ¿Nada más?

DANILO ¡O... cuatro!

NIEGUS Entonces váyase a dormir.

DANILO Pero, ¿adónde? ¿Hay algún escritorio por ahí?

NIEGUS Alguna cama querrá usted decir.

DANILO No, no. Apenas veo un escritorio me duermo inmediatamente.

NIEGUS (Descorriendo la colgadura del gabinetito.) Aquí tiene usted un rinconcito a propósito para el caso. Correremos las colgaduras y puede usted dormir tranquilo.

DANILO Niegus, eres la perla más preciosa de la embajada. (Entra en el gabinetito.) Gracias, Niegus, gracias. (Se tumba en la «chaise-longue». Niegus cierra la colgadura, baja dos escalones y vuelve a asomarse.)

NIEGUS Así... (Al cerrar se vuelve.) Dígame, señor conde, ¿cómo se llama aquella griseta de la cabellera de oro?

DANILO (Somnoliento.) Loló.

NIEGUS ¿Loló? Muy bien. (Marchándose.) (Tiene Loló un no sé qué de atrayente... que a pesar de mi calva... ¡Ay, Loló!) (Vase por la izquierda del fondo.)

DANILO ¡Qué cómodas son las *chaise-longues!* ¡Loló... Dodó... Jou-jou... Frou-frou!... ¡Ja... ja... ja! (Queda dormido.)

ESCENA VII

DANILO, VALENCIENNE y CAMILO. Por la derecha, Valencienne muy nerviosa.

VALEN. Busque usted mi abanico. Lo he perdido. Sólo usted debe encontrarlo. Ha escrito en él «te amo...» Soy una mujer honrada. Es de todo punto necesario que se case

usted con la viuda de Glavari. Y ahora búsqueme el abanico. ¡ Lo quiero, lo exijo ! (Vase por el centro.)

CAMILO — Bueno, bueno, lo buscaré. Tal vez aquí... (Entra en el gabinete.)

DANILO — ¡ Eh ! ¿Quién va?... ¿Qué pasa? ¡ Dejadme dormir en paz !

CAMILO — ¡ Perdone usted !... (Buscando el abanico.)

DANILO — (Gritando.) ¡ Que me dejen dormir !

CAMILO — (Volviéndose y fijándose en Danilo.) ¡ Calla ! ¿eres tú, Danilo?

DANILO — ¡ Hola... Rosillón !

CAMILO — Dime, ¿has visto por aquí un abanico?

DANILO — Amigo mío, tengo un sueño que no puedo abrir los ojos. ¿Cómo quieres que haya visto yo un abanico? ¡ Anda, vete... y déjame dormir aunque no sea más que tres o cuatro horitas !...

CAMILO — ¡ Bueno, bueno ! ¡ Que descanses ! (Deja caer las colgaduras y sale a la sala primera.) Pero, ¿dónde estará este abanico? (Vase por la izquierda mirando al suelo.)

DANILO — (Soñando.) Loló... Dodó... Frou-frou... ¡ Ja, ja !... (Música de baile dentro.)

ESCENA VIII

DANILO, durmiendo; ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, por el fondo.

ZANCADA — (Avanzando paso a paso y apuntando con el índice al rostro de Saint-Brioche, que retrocede también paso a paso hasta el proscenio derecha.) Caballero... una palabra... en serio... Declaro una vez más que en cuanto rompa ciertas relaciones íntimas que mantengo con una mujer casada... iré al pie del altar con la viuda de Glavari...

BRIOCHE — (El mismo juego; haciendo éste, retrocede Zancada hasta los escalones del gabinetito.) Bueno, pues le advierto a usted que yo también me permito relaciones con cierta señora... casa-

da por añadidura. Conste que pienso romper con ella para casarme con la viuda que usted pretende.

DANILO ¡ Si... len... cio !...

ZANCADA Busca usted sus millones... ¡ Qué vergüenza !

BRIOCHE También usted los busca.

DANILO ¡ Silencio !...

ZANCADA ¿Quién grita así? ...

BRIOCHE ¡ Usted ! (Volviéndose.)

ZANCADA ¡ No me chille usted !

BRIOCHE ¡ Usted no ha de gritarme ! (Vanse hablando a la vez por el fondo izquierda.)

ESCENA IX

DANILO, ANA y cuatro caballeros, que aparecen con ella en el fondo derecha

ANA Señores, ruego a ustedes que me dejen sola un momento... Tantos cumplidos son insoportables...

TODOS Muy bien. (Vanse los caballeros por el fondo derecha remoloneando. Danilo duerme y ronca fuerte.)

ANA Me vuelven loca... Reposaré un instante. (Va hacia el gabinete.) Aquí ronca alguien... (Deteniéndose y descorriendo en parte la colgadura.) ¡ Qué veo !... ¡ Es él !... ¡ Quiero mirarle de cerca ! (Entra cautelosamente en el gabinete y con la mano enguantada acaricia a Danilo.)

DANILO (Como si espantase moscas.) ¡ Dejadme dormir !... (Ana retrocede para salir. Danilo se incorpora y grita :) ¡ Ana !... (Esta sale del gabinete. Danilo lo mismo, pero deteniéndose en el escalón, dice :) Sé que puedo permitirme esta libertad... y, sin embargo, usted debe y puede llamarme Danilo a secas...

ANA ¡ Ah ! ¿ Su nombre? Lo he olvidado de tal manera... que ni sé pronunciarlo... ¡ Conque... siga usted roncando !

DANILO (Avanzando y apoyándose en el respaldo del sillón, junto al velador.) En medio de un baile así... es

imposible reconciliar el sueño. Ya estoy despierto... ¡muy despierto! (Acercándose.) ¿Conque... ahora vive usted en París?

ANA Sí, quiero disfrutar de la vida parisiense... Quiero reponerme de cuanto he padecido, y... hasta pienso... casarme.

DANILO ¿Casarse de nuevo? ¡Creí que eso no se hacía más que una sola vez!

ANA (Mirándole fijamente.) Si me hubiera casado con usted, no debiera reincidir en el matrimonio, ¿verdad?

DANILO ¡Ana!... (Apoyándose en el velador. Ana se levanta pasando a ocupar el sillón de la otra parte del velador.) Perdone usted... si se tratase de mí, hoy no sería la viuda del difunto Glavari, sino la mujer del dichoso conde Danilo. (Sentándose.) Pero, ya sabe usted... mi tío... me hubiese desheredado.

ANA (Gran intención.) Su tío tenía un empaque aristocrático exagerado y no consintió que su sobrino diera su aristocrático apellido a una sencilla muchacha del pueblo. ¡Preocupación muy aristocrática, tanto del tío como del sobrino!

DANILO No tendría usted gran interés por mi persona, cuando poco después de aquel rompimiento celebró su matrimonio con el viejo banquero Glavari... Lo que en idioma moderno se llama hacer un casamiento de conveniencia. (Ana intenta contestar. Danilo lo impide continuando muy sentimental:) ¡No, ya sé que su padre tenía tantos acreedores como yo!

ANA El por qué de mi matrimonio a nadie le importa un comino. (Pasa al centro y vuelve en seguida con cierta coquetería.) Ahora soy viuda... joven y muy rica. De manera que...

DANILO De manera... ¿qué? (Aún sentado encorvándose sobre el velador. Ana apoyándose en el sillón y balanceándolo, dominando la figura de Danilo.)

ANA De manera que teniendo en cuenta mis magníficas propiedades y mi opulencia,

en fin, su aristocrático tío nada tendría que oponer, si su aristocrático sobrino me ofreciese... su aristocrática mano... (Volviéndole la espalda, va hacia el fondo.)

DANILO (Levantándose bruscamente con dignidad.) Ana, ¿podría usted suponer que yo, por sus millones?... ¡ Oh, entonces me conoce usted muy poco ! (Pasa a la derecha.)

ANA Es usted un hombre como otro cualquiera. Ahora todos los que me dicen : amo a usted con delirio, es porque deliran... no por mí, sino por mi fortuna... (Despojándose algo nerviosa del guante de la mano izquierda.)

DANILO Tiene usted razón. Y si ha de ser... por eso... (Dudando.)

ANA ¿ Qué ? (Volviéndose bruscamente.)

DANILO ¡ Que, yo... nunca... jamás... diré a usted... *te amo !*

ANA ¿ Nunca ?... (Avanzando un paso hacia él.)

DANILO (Pausa brevísima. Mordiéndose los labios.) ¡ Jamás ! (Marchándose como decidido hacia el fondo.)

ANA (Amenazándole con cierta ansiedad.) ¡ Conde Danilo !

DANILO (Volviéndose y bajando un poco sonriente.) ¡ Ah, recuerda y pronuncia usted perfectamente mi nombre ! (Se inclina y medio mutis.)

ANA ¿ Huye usted de mí por miedo de que no se le escape decirme : *te amo ?*

DANILO (Brusco y casi grosero, rápido.) ¡ Eso no se lo diré nunca !

ANA ¡ Quién sabe !

DANILO Estoy seguro. ¡ Al tiempo !

ANA ¿ Declaración de guerra ?

DANILO ¡ Declaración de guerra ! (Avanza un paso hacia ella.)

ANA ¡ Bueno ! (Con mucha coquetería deja caer al suelo el guante que se quitó anteriormente.)

DANILO (Recogiendo el guante y dándoselo.) ¡ El guante del desafío !...

ANA Muy bien. ¿ Estamos conformes ?...

DANILO ¡ Conformes ! (Vase por el fondo de la derecha. Ana por la primera de la izquierda.)

ESCENA X

VALENCIENNE y CAMILO

VALEN. Suplico a usted que me deje en paz. ¡ Me trata como si no fuera yo una mujer casada !

CAMILO Si lo estuviera usted conmigo... ¡ Ah, Valencienne !...

VALEN. ¡ Qué ocurrencia !

Música

CAMILO ¿Verdad?
VALEN. En un confortable hotel...
CAMILO ¡ Qué hotel !
VALEN. Podríamos habitar ...
CAMILO ¡ Muy bien !...
VALEN. Paloma del alma mía,
me llamaría usted.
CAMILO Paloma de mi amor...
¡ sin hiel !
VALEN. Amándonos sin cesar.
CAMILO Los dos...
VALEN. Ajenos al padecer...
CAMILO ¡ Qué bien !
VALEN. El mundo sería
hermoso Edén...
LOS DOS ¡ Oh, encantadora,
feliz intimidad,
tú sola fundes dos seres en un ser,
tú sola inspiras amor y lealtad,
bendita seas, fuente del placer !
VALEN. Las fiestas mundanales
no puedo soportar :
todo es orgía, vil confusión,
gritos furiosos de bacanal.
La verdadera dicha
sólo quiero disfrutar,
¡ lejos de aquí, en el rincón

más apartado del hogar!

CAMILO ¡Verdad!

VALEN. ¡Detesto lo mundanal!

CAMILO ¡Y yo!

VALEN. Aquí todo es falsedad.

CAMILO ¡Sí tal!

VALEN. Así que a nuestra ilusión
tendremos que renunciar.

CAMILO No pienso yo.

LOS DOS ¡Oh, encantadora,
feliz intimidad! etc.

(Como antes. Las últimas frases del duetto las cantan del brazo y ya en el fondo, por donde desaparecen, izquierda.)

ESCENA XI

ZETA, KROMOW, luego VALENCIENNE y después DANILO

ZETA (Con un abanico cerrado en la mano.) ¡No, no... amigo Kromow, es imposible! Este abanico...

KROMOW Este abanico, en el cual hay una declaración amorosa... no puede pertenecer a nadie más que a mi mujer. ¡Siempre anda coqueteando... y este abanico es la prueba fehaciente de su infidelidad!... (Esto lo dice paseándose agitadísimo.) ¡Permítame... déjeme usted el abanico!... ¡Necesito refrescarme!... (Valencienne aparece por el fondo izquierda, avanzando.)

ZETA (Viendo a su mujer.) Valencienne, llegas oportunamente... Este abanico...

VALEN. (Rápida.) (¡Cielos!... ¡El mío!...)

KROMOW En el abanico hay... una inscripción que dice: «¡te amo!»

VALEN. ¡Ah, sí!... (Fingiendo grande asombro.)

ZETA (Sonriente.) ¡El abanico es de mi mujer!... (Dirigiendo cierta mirada a Valencienne.)

VALEN. ¡No, no!... (Rápida.)

ZETA (Rápido.) (Dí que es tuyo... Si no es capaz

de matar a su mujer.) ¡ Fíjate bien... esposa mía !... (Kromow baja, colocándose entre Valencienne y Zeta.) Este abanico es tuyo.

VALEN. (Tomándolo.) Verdaderamente... sí... ¡ Ahora recuerdo !

KROMOW ¡ De veras ! (Mirando escamado a Zeta y Valencienne.) ¿ Y quién ha escrito ahí... «¡ te amo !?...»

ZETA (¡ Diablo !)

VALEN. ¿Quién ha de escribirlo? ¡ Mi marido !...

ZETA Na...turalmente.

KROMOW (Ingeniosísima !) Siendo así... varía el asunto de aspecto.

ZETA Digo... ¡ ya lo creo !

KROMOW Quedo completamente tranquilo. Vuecencia me permitirá que acuda junto a mi mujer... para darla una satisfacción... Debe andar por ahí coqueteando... con toda seguridad... (Se inclina y vase corriendo por el fondo derecha.)

VALEN. ¡ Valiente aprieto !

ZETA ¡ Ahora dame ...el abanico fatal ! Yo mismo se lo devolveré discretamente a la señora Kromow. (Intentando tomar el abanico.)

VALEN. Eso podría yo también hacerlo... (Tratando de escamotear el abanico.)

ZETA ¡ No ! ¡ no ! ¡ no ! (Por fin quita el abanico a Valencienne.) El asunto es muy delicado... (Guárdase el abanico en el bolsillo del frac. Danilo llega por el fondo derecha.) ¡ Oh, por fin, querido conde !...

ESCENA XII

Dichos, DANILO y CAMILO, por el fondo izquierda

DANILO ¡ Excelencia... Señora !

ZETA (A Valencienne.) Bien quisiera llevarte del brazo al salón... pero...

DANILO Puedo yo acompañarla...

ZETA ¡ No, gracias ! Tengo que hablar con us-

ted de cosas muy serias... (Viendo a Camilo.) ¡ Ah, excelente amigo Rosillón, ruego a usted que dé el brazo a mi señora !...

CAMILO ¡ Con muchísimo gusto !... (Zeta habla bajo con Danilo vuelto de espaldas a Valencienne y Camilo.)

VALEN. (A Camilo.) ¡ Ya pareció el abanico !

CAMILO ¡ Bueno, bueno !...

VALEN. Sí, pero lo tiene mi marido...

CAMILO ¡ Malo ! ¡ malo ! ¡ malo !... (Saliendo del brazo.)

VALEN. Tiene usted que casarse con la viuda cuanto antes.

CAMILO ¡ Apenas la vea, haré mi declaración de amor !

VALEN. No corre tanta prisa. ¡ Más tarde, más tarde ! (Vanse fondo derecha. Zeta y Danilo han atravesado de derecha a izquierda.)

ESCENA XIII

ZETA y DANILO

ZETA ¡ Sentémonos ! ¿ Cuánto tiempo hace que se halla usted agregado a nuestra embajada ?

DANILO ¡ Oh !... ¡ mucho !... ¡ hace cuatro meses !...

ZETA ¿ Y qué ha hecho usted de bueno hasta la hora presente ?

DANILO ¡ Yo ! ¡ poca cosa ! Soy modesto ; no apetezco dignidades. El trabajo me es antipático generalmente. Dicen algunos filósofos que el trabajo es el bálsamo de la vida ; pero yo opino que hasta después de muerto no debe uno embalsamarse.

ZETA ¿ Ha tenido usted desafíos ?

DANILO Como secretario, odio las actas en general... y las redactadas por duelos de honor... ¡ no digamos !

ZETA ¿ Ha jugado usted ?

DANILO Sí, pero siempre me ha tocado perder.

ZETA ¿ Ha tenido usted amoríos ?

DANILO Esa es mi ocupación favorita...

ZETA Ya tengo noticias de que las aficiones a las faldas le han arruinado a usted.

DANILO Vuecencia no sabe el dinero que derrocha una mujer, sobre todo si tiene la mano chiquitita.

ZETA ¿A quién se lo cuenta usted? ¡Conde, usted conoce a las mujeres!

DANILO ¡Superficialmente! Es difícil conocerlas porque la mujer es un jeroglífico de ardua solución.

ZETA (Levantándose y paseando.) Usted es el hombre que necesito para una delicadísima misión que voy a confesarle. ¡Ni buscado con candil!

DANILO Con tal de que no se trate de trabajar... (Sentándose como fatigado en el sillón junto al velador, limpiándose la frente con el pañuelo.)

ZETA No quiero que trabaje. Se trata de un pasatiempo.

DANILO ¿Pasa... tiempo? ¡Ah! para eso nadie como yo.

ZETA Debe usted casarse, señor conde.

DANILO ¿Casarme? ¿A semejante barbaridad le llama usted pasatiempo? (Levantándose bruscamente.)

ZETA ¡La patria lo exige!

DANILO ¿La patria?... ¡Ya, vamos! La patria necesita hijos... (Vuelve a sentarse.) ¿Y con quién debo pasar el tiempo? Digo, ¿con quién debo casarme?

ZETA ¡Con veinte millones!

DANILO (Levantándose de un salto.) ¡Matrimonio soberbio! ¿Cuál es el cero femenino adjunto a los demás ceros?

ZETA No se trata de ningún cero, sino de la señora viuda de Glavari.

DANILO ¡Ana de Glavari!... ¡Jamás! Yo, metafóricamente hablando, labraré la felicidad de cualquier otra mujer; pero no la de ella.

ZETA Pues ella es la clave de nuestro negocio.

DANILO Será lo que usted quiera, pero yo no me caso con ella ni por los veinte millones.

ZETA Eso sería antipatriótico en alto grado. Reflexione usted que la viuda de Glavari puede casarse con un parisién... Y nuestra amada patria perdería de vista los veinte millones. ¡ Eso no puede ser !

DANILO Si sólo se trata de eso, yo impediré el matrimonio de la viuda.

ZETA ¿Cómo?

DANILO Muy sencillo. Alejando a todos los que se aproximen a ella con intención de pretenderla en matrimonio.

ZETA ¿Influirá usted en ella de modo que se case con un pontenegrino... y con usted preferentemente?

DANILO Con exclusión de mi persona. (Música dentro. Desde este momento las parejas de concurrentes ocuparán la segunda y tercera sala.)

ZETA Hombre, ¿y por qué ha de excluirse usted de los candidatos?

DANILO Porque mi máxima es la siguiente: El hombre debe enamorarse a menudo... Comprometerse... alguna que otra vez... pero casarse, ¡ jamás ! (Dentro óyense voces.)

ZETA Llegó la hora de elegir dama. Elija usted a la viuda. Es la ocasión más oportuna. (Aparecen en el fondo, Ana, Zancada, Saint-Brioche y caballeros.)

DANILO Lo que haré es espantar moscas y zánganos.

ZETA La patria le recompensará pródigamente. (Vase por la derecha.)

ESCENA XIV

ANA, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE, caballeros y DANILO

Música. — FINAL PRIMERO

CAB. La elección debe al punto principiar,
de la viuda espero conseguir
honor tan especial.
Yo bien quisiera ser
el vencedor galán.
Bailar hoy con usted (A Ana)
es la mayor felicidad.

(Los caballeros rodean a Ana.)

ANA La elección es costumbre
digna de respeto,
y elegir galán,
señores, les prometo;
mas dejad que en el sillón
reflexione la elección.

(Siéntase en la silla de la derecha.)

Otras hay en los salones.

DANILO (Mas no tienen sus millones.)

CAB. Hoy bailar con usted
es mi solo afán.

DANILO Por nuestra patria
he de velar,
que el señor embajador
sólo en mí quiso fiar.
Seguiré sus instrucciones:
hay que alejar
a los moscones. (Vase por el fondo.)

ZANCADA La pena más intensa
que a un hombre le pueden causar,
es que le dé calabazas
la dama que invite a bailar.

BRIOCHE Pretende el sexo débil
al fuerte poderse igualar:
aquí hay una electora
con voto y no quiere votar.

ZANCADA Hay que agitarse...

BRIOCHE — Hay que agitarse...
LOS DOS — Los candidatos
deben trabajar.
ZANCADA — Déme usted su voto.
BRIOCHE — Déme usted su voto.
LOS DOS — Que en la elección
yo merezco triunfar.
CAB. — Déme usted su voto,
que en la elección
yo merezco triunfar.

II

ANA — Cuestión de política es todo,
según acabáis de afirmar;
hoy tengo que ser electora
y debo por fuerza votar.
Sabréis mi elección sin demora;
mas, ¡ay, que no quiero pensar
aquel que mi voto no obtenga,
los votos que va a pronunciar!
CAB. — Hay que agitarse... etc.
ANA — Voy a dar mi voto.
Pronto va a saberse
en la elección quién merece triunfar.
Vamos a bailar. (Levantándose.)
Con todos a la vez es imposible:
quiero a todos contentar.
DAM. — (Dentro.) ¡La elección... la elección!...
DANILO — Miren qué oportunidad.
(Danilo avanza al frente de ocho damas.)
Venid aquí,
venid, sirenas,
que los bailes nos aguardan.
Disponéos, hermosas, henchid
la ventura de las almas,
rendid al gentil galán;
alzad el pie, girando raudas,
que del pecho amante
mil suspiros brotarán.

DANILO (Dirigiéndose a otros tantos caballeros.)
Debe usted ser muy galán.
(Un caballero y una dama desaparecen bailando por el fondo.)

DANILO Sus aromas exhala en abril,
rebosante de anhelos la flor,
y las bellas exhalan también,
como las flores, su amor.
La armonía y el ritmo del vals,
mil encantos nos brinda en su son,
ofreciendo esperanzas sin fin
a las almas que hirió la fatal pasión.

DAM. No perdamos la ocasión.

TODOS ¡Venid... venid aquí...
venid... sirenas!... etc.

DANILO ¡Oh, patria, moriré por ti;
mas antes de que brille el sol
al muy sagaz
embajador
presentaré
mi dimisión!
(Siéntase a la izquierda.)

ZANCADA ¿Podré lograr, señora?...

BRIOCHE Si logro sus mercedes...

ANA Dejadme un poco meditar.

DANILO Preciso es a estos dos echar.

ANA En fin... Uno de ustedes... (Indicando al grupo en el que quedan Zancada, Saint-Brioche y cuatro caballeros. Valencienne avanza con Camilo.)

VALEN. Un candidato os presento.

DANILO (Rosillón... pues no faltaba más.)

VALEN. (Presentando a Rosillón.)
Bailando es un maestro.
Lo puedo asegurar.
Las *polkas* y *mazurkas*
son su especialidad:
domina la *pavana*
famoso es en el *vals*;
y en fin las niñas todas
siempre anhelan con él bailar.
Hay que agitarse.
Los candidatos deben trabajar.

Vote usted por Rosillón,
de renombre universal:
en la elección
él merece triunfar.

TODOS (Bis.)

CAMILO (A Ana.) Me pongo a su disposición.

ANA No sé qué hacer... Quizá...

(Valencienne arrastra dulcemente al fondo a Camilo. Ana observa a Danilo.)

ANA Pues por galán elijo...
(Danilo finge que es primor:
sabe muy bien disimular.)
(Alto a Danilo.) Baile usted conmigo.

DANILO ¿¡¡Yo!!?
¡Es que yo no sé bailar!

ANA ¿Entonces... renuncia usted?

DANILO ¿Renunciar?... ¡No tal!
¡Favorecido fuí!

ANA Y bien, ¿qué hacer?

DANILO Soy diputado en propiedad,
puedo del baile disponer.
¿Esto es verdad o no?

ANA Lo es.

TODOS ¿Qué intentará?

DANILO Por diez mil francos cedo mi derecho;
diez mil francos ha de dar
quien pretenda ser
de mi electora el galán.
Ya lo sabéis.

TODOS Nos fastidió.

UNO ¡Qué atrocidad!

DANILO Suma que a los pobres donaré.

BRIOCHE ¿No viene usted? (A Zancada.)

DANILO En fuga los he puesto ya.

TODOS (Marchándose.) ¡Diez mil francos!
¡qué atrocidad!

DANILO (A Ana.) Mire usted, abandonan el salón.
En las redes han caído
demostrando su ruindad.
Les di la gran lección:
corridos todos van;

y la aventura resultó
graciosa de verdad.

CAMILO — Yo entregaré los diez mil francos
y así probaré mi dignidad.

VALEN. — ¿Qué va usted a hacer?

CAMILO — ¡Usted me mandó!

VALEN. — ¡Yo! ¿qué he de mandar?

(Llevándoselo al fondo. Las salas quedan desiertas.)

DANILO — (Después de observar desde el fondo, baja junto a Ana que se halla sentada cerca del velador.)

Lejos de aquí la sociedad
huyó...
De los moscones
voy a usted a librar.

ANA — Mil gracias le doy.

DANILO — Ya estoy dispueso. ¿Quiere usted bailar?

ANA — ¿Yo bailar? No, señor.
No sabe usted.

DANILO — ¡Qué tontería! Puedo seguir
el movimiento del vals.

(Danilo trata de mirar de frente a Ana. Esta vuelve la cabeza con coquetería. Este juego dos veces a ambos lados. Por fin Danilo colócase en posición de baile.)

ANA — ¡Que no bailo! ¡Ea!

(Danilo baila solo. Ana al ver a Danilo bailar solo, duda un instante y luego se lanza a sus brazos. Ambos bailan.)

Pues no baila mal.
¿Por qué fué embustero?

DANILO — La patria hablará.

(Siguen bailando; en el fondo de la sala aparecerán algunas parejas.)

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Jardín. En el centro, fondo, un quiosco o pabellón no muy grande. Lámparas de luz eléctrica, de formas raras, emblemas, banderas, armas e insignias pontenegrinas. A derecha e izquierda, veladores de jardín. Una silla a cada lado del quiosco. En el interior de éste, diván y poltrona y una puertecilla accesoria en el fondo del mismo. De día, últimas horas de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ZETA y NIEGUS, ambos en traje pontenegrino; ZANCADA, uniforme de oficial francés de húsar; SAINT-BRIOCHE, oficial de infantería francesa; BOGDANOVICHT, PRISTKIST, KROMOW, PRASCOVIA, OLGA, SILVIANA, ANA y VALENCIENNE, todos en trajes de pontenegrinos. Coro, en traje de pontenegrino y otros de sociedad. Ellas con sombrero de verano. Bailarinas y bailarines pontenegrinos. Todos, excepto los del baile, entran durante los diez y seis últimos compases de orquesta (Polonesa), y se colocan libremente a derecha e izquierda.

Música

INTRODUCCIÓN, BAILE Y CANCIÓN

ANA
Dentro de poco, amigos míos,
la fiesta que os preparo empezará.
Igual que en Pontenegro todo aquí
por nuestro rey trataré de combinar.

(Se sienta a la izquierda junto a Zeta. Por la izquierda las bailarinas y bailarines pontenegrinos.)

LOLÓ *(Baile)*

CORO ¡ Ah ! *Ni velino dase dase veslino, Heiacho*
Hoy alegres cantar queremos ¡ *hey !*
recordando la patria amada ¡ *hey !*
Son los aires de Pontenegro ¡ *hey !*
los que nutren de amor mi alma ¡ *hey !*
Mi velino dase veslino. ¡ *Hey !* (Grito.)
(Los bailarines se inclinan a derecha e izquierda.)

ANA (Pasando al centro.)
Los cantos han de ser aquí
de nuestros lares en honor.
Por eso quiero recordar
del hada vilya la canción.

(Las bailarinas siéntanse en el suelo. Los bailarines de pie. Todos ejecutan el movimiento de derecha a izquierda con la cabeza.)

I

ANA La Vilya hechicera,
la ninfa de amor,
tenía en la selva
segura mansión.
Un día de invierno
se halló un cazador,
y al ver sus encantos,
prendado quedó.
Ya repuesto de su asombro,
anhelante de pasión,
dijo así,
suspirando el cazador :
Vilya divina,
por ti muero yo,
te doy mi alma ;
tú, dame tu amor.
Ninfa del Valle,
que me cautivó,
calma
mi triste dolor.

CORO *(Bis.)*

II

ANA La ninfa hechicera
su mano tendió,
y trajo al rendido
gentil cazador.
Sus ansias de amores
la ninfa premió,
que al fin en sus labios
un beso imprimió.

—

Al instante cual fantasma,
la beldad desapareció,
y en el *vals*
grita en vano el cazador. etc., etc.

CORO *Mi velino dase,* etc., etc.

ANA ¡ Retiraos !... (Vanse los del baile danzando por el fondo derecha. La concurrencia también desaparece por ambos lados.)

ESCENA II

ZETA, ANA y NIEGUS

Hablado

ZETA Señora, la fiesta por usted organizada no puede ser más patriótica. ¡ Resulta una maravilla !

ANA Gracias, barón. ¡ Pero hoy tendrá sus ribetes de parisiense clásica ! Dicho sea con toda mi discreción diplomática posible. Quiero dar una sorpresa al conde Danilo.

ZETA ¿De veras? ¿Al conde Danilo?

ANA Danilo es un devoto fanático... y asiduo parroquiano del restorán *Maxim* que, por cierto, no conozco.

ZETA (Sonriente.) Pues, yo sí.

ANA ¿Sí, eh?... Pues, el señor... (Por Niegus.) ha

dispuesto por orden mía un servicio de grisetas.

NIEGUS ¡ Yo, excelencia, yo !

ZETA Supongo que no serán verdaderas grisetas.

ANA ¡ De las auténticas ! Detesto las falsificaciones.

NIEGUS Dodó, Loló, Jou-Jou, Clocló, Margot, Frou-frou... (Inclinándose risueño.)

ZETA ¿ Las conoce a todas ?

NIEGUS No, no, de vista no más. Mi reducidísimo sueldo no me permite disfrutar de dicha intimidad.

ANA (Reconociéndole.) Señor canciller, conque ya lo sabe usted, amigo mío : después del banquete, servicio de grisetas. Hasta luego, embajador. (Se inclina y vase fondo derecha.)

ZETA ¡ Señora !... (La acompaña algunos pasas.) (Se interesa por el conde Danilo ? Entonces mi proyecto resultará.) Pero, ¿ dónde diantre se ha metido nuestro secretario ?

NIEGUS ¡ Ah ! No vendrá. ¡ Le oí decir que esta clase de fiestas le aburría !

ZETA ¡ Ya ! Pero usted le habrá indicado que se trata de una fiesta oficial, patriótica y que, por lo tanto, tiene el deber de intervenir en pro de la patria.

NIEGUS ¡ Naturalmente ! Pero me contestó que estaba de nuestra patria... hasta la coronilla.

ZETA Eso es una traición.

NIEGUS ¡ De lesa patria !

ZETA ¿ De modo que ha dicho que no vendrá ?

NIEGUS Y no vendrá aunque tiren de él diez pares de bueyes.

ZETA (Indicación especial.) ¿ Y si voy yo a tirar de él también ?

NIEGUS ¡ Excelencia !... (Malicioso.)

ESCENA III

Dichos y DANILO, en elegante traje de oficial de caballería ligera pontenegrina, por el fondo derecha.

DANILO ¡Salud al embajador!
ZETA ¡Ah! Es él.
DANILO No hay miedo, excelencia. Al pasar he venido espantando moscones viudófilos. La patria no está en peligro.
ZETA Confía usted demasiado en su diplomacia, conde.
DANILO ¿Vuecencia será capaz de reñirme?
ZETA Ignora usted dónde está el mayor peligro.
DANILO ¿Dónde?
ZETA En el señor de Rosillón.
DANILO ¿En Camilo?
ZETA (Pasando al extremo de la izquierda.) Si yo pudiera encontrarle una sola tacha... le desacreditaría ante nuestra viuda adorable.
NIEGUS El señor de Rosillón está locamente enamorado.
ZETA Y DAN. ¿Enamorado?
NIEGUS De una... señora.
ZETA ¿Qué me cuenta usted?
NIEGUS De una señora, con perdón sea dicho, casada...
DANILO *¡Gourmand!*
ZETA ¿Y quién es... esa señora?
NIEGUS Lo ignoro; no sé una palabra.
ZETA ¡Qué lástima! Pero yo con mi tacto diplomático la descubriré, y una vez descubierta la indigna adúltera la obligaré a divorciarse y a unirse en matrimonio con el osado Rosillón. (Vase hacia el fondo.)
DANILO ¡Y punto redondo!
NIEGUS (Su excelencia tiene reblandecido el cerebro.)
DANILO Y a todo esto, ¿qué dirá el marido ultrajado?
ZETA Nada me importa lo que diga. ¡Ese mari-

do debe ser algún viejo estúpido que se deja engañar como un chino! (Va hacia el fondo y mira a la izquierda.)

NIEGUS ¡Es posible!

ZETA Hombre, a propósito, mi mujer se halla conversando con Rosillón. ¡Miradla! Sé que tiene cierta influencia sobre él.

NIEGUS (¡Reblandecimiento!)

ZETA Debemos decirle que le obligue a casarse con la adúltera y así renunciará a la viuda de Glavari. Niegus, diga usted a mi mujer que me espere. Necesito hablar con ella.

NIEGUS (Marchándose.) (Nuestro embajador me va resultando el Caballero de la Triste Figura.) (Vase por la izquierda.)

ZETA Conde, usted debiera auxiliarme un poco en tan delicada indagación. Probablemente este... abanico le señalará la verdadera pista. (Sacando del bolsillo el abanico.)

DANILO ¿Sí?

ZETA Este abanico creo es de la señora de Kromow. Una mano masculina ha trazado en él la inscripción: «*Te amo.*» (Abriendo el abanico y dándoselo.) Recomiendo a usted que proceda con astucia. (Vase por el fondo de la izquierda.)

DANILO Perfectamente; procuraré ser lo más astuto posible. (Leyendo la inscripción): «*Te amo.*» Reconozco esta letra. Es la de Camilo Rosillón. Y ayer... recuerdo que andaba buscando un abanico.

ESCENA IV

DANILO, ANA, por el fondo de la derecha

ANA Bien venido, conde. ¿Esquiva mi presencia? ¿Por qué?

DANILO Es una estratagema de guerra. (Lanzando la mano vagamente al aire.) Yo voy haciendo la

descubierta como oficial de caballería ligera...

ANA ¡ Ah, claro ! Somos dos potencias enemigas. Pero un caballero valeroso no debe andarse por las ramas, debe ir decididamente al ataque.

DANILO Bien... quisiera atacar... pero no me atrevo.

ANA (Coqueteando.) ¡ Pues atrévase usted !

DANILO (Encogiéndose de hombros.) No puedo.

ANA Vaya un hombre. ¡ Zancarrón !

DANILO ¿ Cómo dice usted ?

ANA ¡ Zancarrón, maestro ignorante, zangandungo !

Música *(Duetto.)*

ANA ¡ Hupa ! ¡ Mira ! ¿ Quién va allá ?
Es un caballero :
le podríais conquistar
pero... va ligero.
¡ Hupa ! que se escapa ya,
y es muy buen partido.
Si le puedes atrapar
¡ hip ! tendrás marido.

DANILO Es inútil tanto ardor
si el galán no siente amor.

ANA Suele a veces ocurrir
que se finge no sentir.

(Con discreto movimiento de cabalgar, primero en su puesto, luego al noveno compás pasa delante de Danilo hacia la izquierda, vuelto el rostro hacia él, mientras que Danilo imita también sus movimientos.)

Caballero zancarrón,
paladín de vanidad,
sigue galopando,
cabrioleando...
que a la meta llegarás...
¡ Hupa, hupa, hop, hola !
¡ Hala con velocidad !
¡ Caballero, zanca, zanca, zancarrón

no dejes, no, de galopar!

(Durante el ritornello de la orquesta se acerca Danilo a ella y dice:)

DANILO Conque caballero zancarrón, ¿eh?
¡Pues piquemos espuela!

II

ANA ¡Hupa! Grupas vuelve ya
nuestro caballero ...
y te mira muy tristón;
¡pobre marrullero!
Ignorante se creyó
¡hip! que sólo él monta.
Vaya al diablo, porque yo
¡hupa! no soy tonta.

DANILO La que tanto se burló
del jinete que pasó,
no sospecha que quizá
por aquí no volverá.

ANA Caballero zancarrón, etc., etc.

(Durante el ritornello, Ana está a la izquierda marcando el movimiento de cabalgar. Danilo a cada compás da un paso retrocediendo hacia el fondo derecha figurando picar espuela e inclinándose. A los siete compases se encontrará en el fondo y desaparece. Al octavo compás, Ana, solita corre hasta el quiosco de espaldas al público y dice:)

Sigue galopando,
cabrioleando...
¡Todos me las pagarán!

(Vase por el fondo.)

Hablado

DANILO (Que vuelve inmediatamente.) Se burla de mí... Me llama caballero zancarrón. Bueno... ¡paciencia! No olvidemos las instrucciones. El embajador me recomienda astucia. Pronto sabré si el abanico es suyo.

(Saca del bolsillo el abanico. Aparece en el fondo Olga con otras damas charlando hasta el quiosco. Al llegar a él, Danilo llama a Olga. Las otras damas se retiran por detrás del quiosco hacia la derecha. Las siguen Silviana y Prascovia quedando en el fondo a la vista del público y murmurando entre ellas.)

ESCENA V

Dichos, OLGA, que avanza, SILVIANA y PRASCOVIA

DANILO Señora...
OLGA Señor conde...
DANILO ¿Se le ha perdido a usted alguna cosa?
OLGA Yo... yo... no.
DANILO ¡Vaya! ¡vaya! El corazón no deja de ser una joya preciosa que si se empeña...
OLGA (Asustada.) ¿Qué quiere usted decir, conde?
DANILO (Es ella.) (Alto.) No tema usted. Yo soy discreto y me permito advertirla que su amante piensa casarse con otra mujer... Con la viuda de Glavari.
OLGA (Rápida.) ¡Ah! Saint-Brioche piensa...
DANILO (Sorprendido.) ¿Eh?
OLGA ¡Oh, gracias, conde!... ¡Gracias por la advertencia! (Vase de prisa por la derecha.)
DANILO (Solo en el proscenio.) De modo que Saint-Brioche es su amante. Bueno es saberlo, pero no es esto lo que busco. (Mirando al fondo.) Tal vez el abanico sea de la señora de Bogdanovicht.

ESCENA VI

Dichos, SILVIANA, que avanza a una seña discreta de Danilo

DANILO ¿Ha perdido usted algún objeto?
SILVIANA ¡No, conde!
DANILO Vamos, vamos. El corazón es un estuche

que se abre y se cierra según las circunstancias.

SILVIANA No comprendo.

DANILO (¿Si será esta?) (Alto.) No hay que preocuparse, señora. Su íntimo amigo va a casarse dentro de poco con la viuda millonaria.

SILVIANA (Rápida.) ¿Quién, Zancada?

DANILO (Sorprendido.) Zan...

SILVIANA ¡Cuánto agradezco a usted la confidencia! (Vase rápida por la izquierda.)

DANILO ¡Zancada es el amante de la Bogdanovicht! Otro descubrimiento importante. Decididamente, lo que no se busca... se encuentra. El más sabio es el que menos estudia. (Enarbolando el abanico.) ¿Pero a quién diantre ha declarado Camilo su amor en este abanico? (Abanicándose.)

ESCENA VII

DANILO y PRASCOVIA, que avanza. Todas las demás señoras han desaparecido

PRASCO. ¡Oh! ¡Qué preciosísimo abanico!

DANILO (Tendría gracia que ésta fuera.) (Alto.) En este abanico hay una inscripción que dice: «Te amo.»

PRASCO. ¡Oh! (Ruborizándose, bajando la vista al suelo.)

DANILO Lo deposito en la mano de su legítima dueña.

PRASCO. (Toma el abanico y lo besa.) ¡¡Por fin!!

DANILO (¡Esta es! ¡No hay duda!)

PRASCO. ¿Ha sido un presentimiento o lo sabía usted, conde?

DANILO Todo se debe a la inclinación de su espíritu hacia el objeto amado.

PRASCO. (Suspirando.) ¡Oh... sí!

DANILO ¡Oh, sí! (Imitándola.)

PRASCO. Danilo, debía usted suponerlo.

DANILO ¿Yo? ¿Qué?

PRASCO. Que sólo suspiro por usted.

DANILO ¿Por mí? ¿Usted suspira por mí? Devuélvame el abanico inmediatamente. (Se lo arranca de la mano.) (¡Pues señora, este no es el jardín de la viuda.) (Alto.) ¿Usted enamorada de mi persona? Esto es un manicomio suelto...

PRASCO. (Muy ofendida.) ¿Cree usted que soy vieja?

DANILO ¡Al contrario!... ¡Ah! gracias a que ahí viene su marido.

PRASCO. Le suplico discreción.

DANILO ¡Lo mismo digo, señora! (Prascovia vase de prisa por la izquierda.) Maldito abanico, ¿será mágico? ¿A quién pertenecerá? (Se lo guarda en el bolsillo.)

ESCENA VIII

DANILO, ZANCADA, SAINT-BRIOCHE. Los dos por el fondo izquierda. Luego KROMOW, PRISTKIST y por último ZETA, por el fondo derecha y un criado.

ZANCADA (A Saint-Brioche.) Advierto a usted que tiene que renunciar a la viuda. Poseo una magnífica espada.

BRIOCHE Pues a mí no me falta un soberbio revólver de reglamento. Conque renuncie a la viudita.

DANILO (Espantaré moscones.) (Alto.) Señores, ruego a ustedes que no se molesten en discutir, porque pienso hablar con la señora de Glavari acerca de ustedes.

ZANCADA ¿Acerca de mi persona?

BRIOCHE ¿Y acerca de mí?

DANILO Sí, respecto de los dos. Voy a decirla que esta misma noche va a tener lugar un duelo entre el vizconde Zancada y... (A Saint-Brioche.) ¡Con su permiso! (Ap. a Zancada.) ¡Y el señor de Bogdanovicht!

ZANCADA ¿Batirme yo con Bogdanovicht?

DANILO ¡ Bogdanovicht lo sabe todo ! Es decir, conoce sus amores con Silviana.

ZANCADA ¡ Diablo ! ¡ diablo !... (Pasea hacia la izquierda excitadísimo.)

BRIOCHE Parece que al vizconde le ha dado usted una buena noticia...

DANILO No le he hecho más que una advertencia como la que voy a hacer a usted. Esta misma noche se efectuará un desafío entre usted y... (A Zancada, que pasa junto a él.) ¡ Con su permiso ! (A Saint-Brioche, Ap.) el señor Kromow.

BRIOCHE ¿Yo un duelo con Kromow?

DANILO Kromow sabe todo lo que hay entre usted y su mujer.

BRIOCHE ¡ Demonio, demonio !... (Pasea muy excitado a la derecha.)

DANILO ¡ Hola ! (Viendo aparecer a Kromow, Bogdanovicht y Pristkist.) ¡ Señor Kromow ! ¡ Ilustre Bogdanovicht ! ¡ Amigo Priskist !

BRIOCHE (Al conde Danilo que se halla de espaldas al público.) (¡ No diga usted nada !)

ZANCADA (¡ No me comprometa !)

DANILO Hablaba con estos señores de un asunto muy delicado. Les pedía su opinión acerca de lo que debe hacer un hombre de bien cuando resulta engañado por su dignísima mujer.

KROMOW Muy sencillo : a los salteadores se les mata como a los perros.

BRIOCHE (¡ Caracoles !...) (Saca una tarjeta y escribe algunas palabras rápidamente.)

ZANCADA (¡ Cuerno !...) (Hace lo mismo que Saint-Brioche. Un criado atraviesa la escena de derecha a izquierda por detrás de los señores.)

ZANCADA Y BRIOCHE (A un tiempo al criado.) Esta tarjeta para la viuda de Glavari. (El criado hace una reverencia y vase.)

ZETA (Por la derecha.) ¿De qué se trata, señores?

DANILO De lo que debe hacer un marido cuando su cara mitad celebra alianzas amorosas

con otro hombre en detrimento de su honra.

ZETA Respecto a ese punto, gracias a Dios, nada tengo que temer... No me preocupa...

DANILO Sin embargo, las mujeres...

TODOS ¡ Oh, las mujeres !...

Música

NÚMERO NUEVE *(Septimino.)*

DANILO Las mujeres...
TODOS Las mujeres...
DANILO Son arcanos...
TODOS ¡ Claro está !
DANILO No son buenas ni son malas ;
son mujeres nada más.
ZETA Si la esposa...
TODOS Si la esposa...
ZETA Tiene instintos. (Indicación especial.)
TODOS ¡ Sí, ya... ya !... (Hablado.)
¡ No hay remedio conocido
contra la infidelidad !
DANILO Si son avaras y gruñonas...
TODOS ¡ Son muy duras de pelar !
ZETA Si a la mujer le gusta el lujo...
TODOS ¡ Cuesta al año un dineral !
BRIOCHE Pues si los viajes la entusiasman...
TODOS ¿ Dónde vamos a parar?
ZANCADA Y si en política se mete...
TODOS ¡ A ninguno deja en paz !
DAN. Y ZETA Si te resulta literata...
TODOS No se puede soportar.
ZETA Y si aburrida del marido...
TODOS ¡ Vaga en pos de un ideal !...
ZETA Capaz es de meter un gato...
TODOS ¡ En el lecho conyugal !
¡ Ah !
El tratado femenino (Suspirando.)
es difícil de estudiar...
¡ Qué mujeres ! ¡ Qué mujeres !

DAN. Y ZETA — Lindas flores
de un bello pensil,
¡ qué mujeres !
donde impera
Cupido gentil...
¡ Qué mujeres !
Las mujeres por siempre serán
de los hombres loco afán.
Y pensando en el árbol fatal
de la ciencia del bien y del mal...
las mujeres serán como han sido
y lo son...
¡ De los hombres la perdición !

(Todos repiten. Este número ha de ejecutarse con gran cuidado, piano la orquesta en ciertos pasajes. En cada frase de conjunto deben todos hacer idénticos ademanes o colocarse en igual postura para que el efecto sea mayor. Los últimos compases los dicen desapareciendo por las laterales y marchando cómicamente.)

ESCENA IX

Vuelve DANILO con ANA, por la izquierda

ANA — Conde Danilo, está usted echando de mi casa a todos los contertulios. (Enseñando las dos tarjetas.) Saint-Brioche y el vizconde Zancada me dicen que tienen que ausentarse inmediatamente.

DANILO — ¡ Victoria, extinción de la plaga !

ANA — Es que arroja usted a los más inofensivos... Si fuera a los otros...

DANILO — ¡ A todos los expulsaré !

ANA — Pero, ¿qué se ha propuesto usted con ello?

DANILO — Es un entretenimiento como otro cualquiera. Es un deporte muy agradable. ¡ El espantamoscones !

ANA — Pero, ¿por qué los espanta usted?

DANILO — Ya lo he dicho, por deporte.

ANA Yo creía que era por... porque me amaba usted.

DANILO ¡Yo! ¿Amar a usted?... ¡No, no y no!...

ANA ¿Hombre, por qué dice usted tres veces no?

DANILO ¡Era para persuadirla, señora!

ANA Muy bien, conde Danilo. Entonces podrá usted aconsejarme honradamente si puedo casarme con el hombre que quiera. (¡Ahora tendrá que hablar!)

DANILO ¿Con el que usted quiera?... Si ha hecho ya la elección, cásese con quien la acomode. (Ana sonríe complacida. Danilo, gritando más cada vez, pasa a la derecha.) ¡Cásese con quien le dé la gana!... ¡Con el mismísimo demonio! (Algo sentimental, dándose golpecitos en la parte del corazón.) Esto me causa pena... siento un peso aquí... un no sé qué... ¡Ah, será este maldito abanico! (Lo saca del bolsillo y lo arroja sobre el velador.)

ANA Para eso no hace falta que dé usted esos gritos tan desaforados.

DANILO El día en que realice usted su boda, bailaré de gozo toda la noche; de modo que las suelas de mis zapatos se convertirán en obleas.

ANA Si hay humedad, quedará pegado al suelo...

DANILO Sería natural otra unión... la del *suelo* con la *suela*. ¡Aquel día, cuánto voy a reir! ¡Ja, ja!

ANA ¡Fanfarrón! (Riendo irónicamente cara a cara.) ¿Es usted celoso?

DANILO (Rápido.) ¡Sí, señora!

ANA ¡Ah!

DANILO (Mirándola fijamente.) Pero no por usted. Soy siempre celoso por todas las mujeres. ¡Celoso de todas las que tratan con ternura a mis colegas masculinos! ¡No vaya usted a figurarse lo que no existe! Sería reprochable presunción en usted.

ANA (Enfadada.) Eso no me lo ha dicho nadie en el mundo.

DANILO ¿Qué no le han dicho a usted?...

ANA Me faltan las palabras para...

DANILO ¿Para qué? (Más fuerte.)

ANA Para decirle...

DANILO ¿Qué? (Más fuerte.)

ANA Que es usted un...

DANILO ¿Un qué?

ANA ¡Nada! (Vuélvese al otro lado.)

Música

NÚMERO DIEZ *(Melodrama y escena de baile.)*

Ana le mira un instante, quiere hablarle; se encoge de hombros y se fija en el abanico que hay en el velador. Danilo, muy nervioso, va al fondo, apoyándose en el quiosco de espaldas al público para dominarse.)

ANA (¡Un abanico!) (Se abanica un momento. Después se fija y lee agradablemente sorprendida:) *Te amo.* ¿A quién? ¡Ah!... comprendo. ¡A mí! Lo escribió él y por eso ha puesto aquí el abanico. (Vuelve a dejarlo en el velador.) Lo dejaré en el velador. Quiero que me lo diga. ¡Así están las cosas y basta!) Y bien, ¿conde Danilo?

DANILO (Volviéndose.) ¿Señora?

ANA ¿Se han calmado sus nervios?

DANILO (Sonriendo.) Nunca me pongo nervioso.

ANA Entonces puedo decirle que quiero hacerme parisiense.

DANILO (¡Pobre patria; los millones se alejan de tus arcas!)

ANA (Sentándose a la derecha.) Pero antes de contraer matrimonio quisiera conocer mejor la vida de París. ¿Dónde se divierten más los habitantes de la Babilonia francesa?

DANILO (Sentándose.) Si quiere divertirse, vaya con su marido a la embajada pontenegrina.

ANA ¡Oh, allí no pienso volver!

DANILO ¿Por qué no? Allá se bailan las danzas patrióticas. Encontrará usted un caballero que la dirá: Señora, ¿tiene usted la bondad de bailar conmigo?

ANA ¡Con mucho gusto, querido conde!

DANILO ¡Un koló, la danza de nuestra patria! (Bailan el Koló.)

MÚSICA.—HABLADO

ANA ¡Este baile no me gusta!

DANILO ¡Ni a mí tampoco!

MELODRAMA

ANA Ve usted... Yo diré a mi esposo... querido Da...

DANILO (Rápido y con alegría.) ¿Da...?

ANA (Pasando despacio delante de él hacia la derecha con intención. Cara a cara.) ¡Da...go...ber...to!... ¡Para esto sólo no vivo en París!... ¡Llévame a otra parte!

DANILO (Cantando.) ¡Al restorán Maxim!
¡Soberbio restorán!

HABLADO

DANILO Allí bailan dudosamente las más dudosas hijas de Eva. Apenas entre usted en un salón cualquiera... naturalmente, piensa. ¡Ja, ja! ¡Una nueva grisetita! Todos los monóculos se fijan en la nueva aparición. La orquesta ejecuta un dulcísimo *vals*, y al compás de tres por cuatro se pierde la virtud en un dos por tres. (Bailan el vals.) Y como usted sabe bailar así, tan divinamente, volará de brazo en brazo como las mariposas de flor en flor. Un joven elegante la dirá: Yo soy el gran duque Briosonik; adoro a usted. Su mirada ha producido en mi pecho inusitada agitación... Nosotros, los rusos, siempre tenemos al-

guna agitación interior; pero en cuanto se percate de que usted no da su brazo a torcer... se sienta... (Sentándose.) y desaparece como el humo. Pero viene otro, que también baila con cierta intención... (Bailan otra vez el vals.)

ANA (¡Bien! Ha bailado conmigo, pero no me ha dicho...)

DANILO Y ahora... ¿adónde vamos?

ANA Eso depende de usted.

DANILO Iremos al *Cabaret Noir.*

ANA Y, ¿eso qué es?

DANILO Lo modernísimo. ¡Un local donde la concurrencia anda como los salvajes!

ANA (Con gran aspaviento.) ¿Al desnudo?

DANILO ¡Oh... no, no! Los caballeros llevan un elegantísimo taparrabos (Rápido.) y las damas...

ANA ¿Qué?

DANILO Llevan... muchísimo menos...

ANA ¿Y qué hacen allí?

DANILO ¡Pues... bailar! (Bailan y desaparecen bailando por la izquierda.)

ANA No iremos, conde, al *Cabaret Noir.*

DANILO ¿Por qué?

ANA Porque no soy bastante salvaje todavía.

ESCENA X

ZETA y DANILO, en seguida.

ZETA (Por la derecha, marcando el movimiento del vals que aun continúa la orquesta. Se supone que ve al conde Danilo y le llama.) ¡Conde, conde Danilo!

DANILO ¡Excelencia!

ZETA ¿Ha descubierto usted ya quién es la señora casada que ama a Rosillón?

DANILO ¡Todavía no!...

ZETA Bueno, yo la descubriré. He suplicado a mi mujer que espíe de cerca a Camilo. Mire usted, ahí vienen juntos. (Por la iz-

quierda.) ¿Ve usted cómo le habla con discreta coquetería? ¡Ja, ja, ja! Es una diplomatiquilla encantadora. Apuesto a que él la está diciendo ahora el nombre de la dama misteriosa. (Pasa a la izquierda. Niegus por la derecha.)

NIEGUS Un telegrama urgente para vuecencia.

ZETA (Leyendo la dirección.) Del ministerio, viene cifrado... Descífrelo usted. (Entregándoselo a Niegus.)

NIEGUS (Leyendo.) «En bestia del informe del rematado de vuecencia...»

ZETA ¿Eh, cómo?

NIEGUS ¡Ah, no, no! (Leyendo.) «En vista del informe remitido por vuecencia... el ministerio ruega dé noticia telegráfica sobre los veinte melones...

ZETA ¿Cómo veinte melones? (Tirando Zeta y Danilo, cada cual por un lado, de las orejas de Niegus.)

NIEGUS Será la fruta favorita del señor ministro.

DANILO ¡Veinte millones!... ¡Bastantes melones hay en el ministerio!

NIEGUS ¿Veinte millones de melones?

ZETA Se trata, naturalmente, de los millones de la viuda de Glavari. El ministro se impacienta. En fin, que hay que informarle. Con un poco de reflexión... ¡Bueno! son las ocho menos cuarto. (Consultando el reloj.) A las ocho en punto vengan ustedes a este pabelloncito... (Señala al quiosco.) En él nadie nos interrumpirá y redactaremos la contestación telegráfica que nos pide el gobierno.

NIEGUS ¡Muy bien!... ¡A las ocho en punto!...

ZETA (Mirando a la izquierda.) Aun está hablando mi mujer con Rosillón.

DANILO Sí, continúa la sonsaca.

ZETA Mi mujer es un tesoro. ¡Vamos! veo que avanzan hacia este lado. Es preciso no estorbar las negociaciones diplomáticas. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XI

VALENCIENNE y CAMILO, por la izquierda. Se hace de noche. Valencienne nerviosa, explorando el terreno casi hasta el velador de la derecha. Camilo siguiéndola.

CAMILO — Entonces, déme usted, cuando menos, algún recuerdo que me permita esperar en su amor imposible.

VALEN. — ¿Un recuerdo?

CAMILO — (Viendo en el velador el abanico.) ¡Calle! ¡Este es un abanico!

VALEN. — ¡Ah, mi abanico! ¡Gracias a Dios! (Sonríe.) Aquí tiene usted el recuerdo que me pide. ¿Me deja usted un lápiz? (Camilo le da un lápiz. Escribiendo.) Aquí.

CAMILO — (Lee.) «¡Yo soy una dama de honor!» ¡Ah, Valencienne!...

Música

CAMILO — (Apoyándose en una silla.)

Como la rosa temprana
galana y pura brotó,
en lo profundo del alma
también brotó mi amor.
Un adorable ensueño
fundió mi voluntad,
radiante sol cuyos rayos
jamás han de brillar.
Ocultan sus fulgores
las brumas del deber
y apagarlo quieres
del todo con tu desdén.
Mas siento aquí en el pecho
el eco de una voz;
me dice que triunfante
saldrá por fin mi amor.

VALEN. — ¡Ilusión!

CAMILO — ¡Dulce bien! (Cae a sus pies.)

VALEN. ¡ Aparta ! ¡ Oh ! no puedo...
¡ no puedo... resistir !...
CAMILO ¡ Mi vida, un beso !...
¡ El postrer adiós !...
VALEN. ¡ No, aquí !...
CAMILO ¡ Ahí !...
Nuestro asilo puede ser
este solitario pabellón.
Todo el mundo ignorará
que premiaste así mi intenso amor.
(Los dos desaparecen, entrando en el pabellón.)

ESCENA XII

NIEGUS, luego ZETA y después DANILO.

NIEGUS (Izquierda.) La baronesa ha entrado en el quiosco con el señor Rosillón. ¡ Ay de mí, *del embajador!* (Mirando a la derecha. Como protegiendo a los amantes se coloca delante de la puerta del quiosco.)

ZETA ¡ Hola, Niegus ! ¿ Son ya las ocho? ¿ No ha venido el conde Danilo? Abra usted el quiosco, hemos de telegrafiar. (Pausa.) ¿ Qué le detiene a usted?

NIEGUS Excelencia...

ZETA Vamos, vamos... (Quiere entrar.)

NIEGUS (Colocándose ante la puerta.) No, no, excelencia; es que dentro... hay gente. ¡ Está ocupado ! (Con desaliento.)

ZETA ¿ Quién hay dentro?

NIEGUS Uno y... una... ¡ Ninguno !

ZETA ¡ Ah ! ¡ Tal vez una señora !...

NIEGUS Una señora... no, digo, es... sí...

ZETA Ya lo adivino: el conde Danilo.

NIEGUS El señor Rosillón. (Rápido.)

ZETA ¿ Rosillón?

NIEGUS (¡ Se me escapó !)

ZETA ¿ Rosillón con su señora? ¡ Magnífico, Niegus... mereces una cruz ! Pareció la

incógnita. ¡ Ya tenemos la mujer casada que ama a Rosillón !

NIEGUS ¡ Horror !

ZETA El pabellón tiene una puertecilla accesoria a la otra parte. Vaya usted a cerrarla inmediatamente.

NIEGUS (Primero dejaré escapar los tórtolos y luego cerraré.) (Vase detrás del quiosco. Danilo entra por la derecha.)

ZETA ¡ Ah, querido conde, hemos descubierto a la misteriosa dama de Rosillón !

DANILO ¿ Y quién es?

ZETA Eso no lo sé ; está en el quiosco que he mandado cerrar. ¡ A ver, a ver ! (Yendo hacia el quiosco.)

DANILO Excelencia, espiar no es noble ocupación...

ZETA ¡ Nadie me ve ! (Escuchando a la puerta.) La habla de amor.

DANILO Pero, ¿la dama quién es?

ZETA Miraré por la cerradura. (Mira.)

DANILO ¿Y bien?

ZETA ¡ No puedo ver su cara !

DANILO ¿ Dónde la tiene?

ZETA ¡ Vaya una pregunta ! Ella está de pie y con la espalda hacia acá.

DANILO Permita usted que yo mire un poco.

ZETA (Lo impide.) No, no. Quiero verla yo mismo. ¡ De seguro es la mujer del estúpido Kromow ! (Mirando.) ¡ Ahora se vuelve de frente ! (Niegus aparece de frente en el fondo de la derecha junto al quiosco, demostrando gran urgencia, haciendo señas hacia la derecha. Sale Ana y habla bajo con Niegus. Los dos desaparecen detrás del quiosco. Zeta y Danilo no ven este juego, como es natural.)

DANILO ¿Y qué?

ZETA (Gritando.) ¡ Ah ! (Llevándose las manos a la cabeza.)

DANILO ¿ Qué le pasa? (Zeta sin poder hablar.) Voy a enterarme... (Intenta subir al quiosco.)

ZETA No, ¡ no mire usted !

DANILO ¿ Pero, por qué?

ZETA (Cayendo en el sillón a la izquierda del quiosco.) ¡ Es mi mujer !... (Valencienne sale por detrás del quiosco y con Niegus rápidamente desaparece por la izquierda.)

DANILO ¡ Caracoles !

ZETA ¡ El estúpido Kromow lo soy yo !

DANILO (Quitemos hierro !) De seguro que vuecencia ha visto mal.

ZETA (Lastimero.) ¡ No ! ¡ no !

DANILO ¡ En fin, menos mal !... ¡ Resultará usted un mártir de la patria !...

ZETA Es que la patria tiene sus límites. (Corriendo a la puerta del quiosco y golpeándola.) ¡ Abrid ! ¡ Abrid !...

DANILO (¡ Pobre baronesita, dejarse atrapar de tal manera !

ZETA ¡ Abrid !...

Música *(Final segundo.)*

ESCENA XIII

Dichos, ANA y CAMILO, saliendo del quiosco. Mucha luz por todas partes. Luego los personajes. Coro.

DANILO ¡ Ah !
ZETA ¡ Ah !
ANA ¡ Vamos a ver, ya estoy aquí !...
DANILO Es Ana con Camilo.
ZETA Yo no soy ciego y bien la ví.
DANILO Grande es mi estupor...
¡ Quién lo podía presumir !
ZETA ¿ Entonces mi mujer?...
VALEN. (Por la izquierda.) ¿ Me buscas?
ZETA No sé qué pensar.
VALEN. ¿ Qué es lo que ocurre, al punto di?
DANILO (Es Ana con Camilo.)
CAMILO (A Danilo.) (¡ Muy pronto te diré !...)
ZETA Yo por la cerradura al atisbar
pude una dama distinguir.
ANA Usted faltó a la educación.
DANILO En su caso... no.

ZETA — Y a Rosillón ha poco...
hablar de amor
con la señora bien le oí.
ANA — Conmigo sí, señor...
DANILO — (¡ ¡ Con ella ! !...)
ZETA — Y a mi mujer reconocer creí.
ANA — (A Camilo.) Usted, caballero, debe afirmar.
VALEN. — Fuera locura confesar que yo fuí.
CAMILO — No hay más remedio que decir que sí.
DANILO — Muero de celos, mas tendré que fingir.
ANA — Por indiscreto el buen barón
nos ha puesto en brete
a los dos aquí.
Señor Rosillón, suplícole a usted que cuanto me dijo me vuelva a decir.
CAMILO — Debo decirlo.
DANILO — (¿Y yo soportarlo?)
CAMILO — (A Zeta.) Por dar a usted satisfacción cabal
lo que antes dije voy a repetir.
ZETA — Ah, ¡ las frases de amor !...
CAMILO — Como la rosa temprana
galana y pura brotó, etc.
ANA — (Hablado.) Después de lo dicho, ustedes juzgarán lo que haya de reprochable en lo ocurrido ahora...

Cantado

ANA — Allá va señores la gran noticia.
CORO — ¿Cuál es? ¿cuál es?
ANA — En mí pueden ver
la prometida del señor Rosillón.
CAMILO — ¡ Eh !
VALEN. — ¡ Gran Dios !
CAMILO — ¿Yo?
DANILO — ¿Qué oí?
ZETA — ¡ Horror !
CORO — ¡ Oh ! ¡ quién pudo sospechar !
ANA — ¡ Es el efecto colosal !
CORO — ¡ Enhorabuena !
DANILO — ¡ Malditos sean sus millones !

CAMILO (A Ana.) ¿Permite usted?...
¡No estoy dispuesto yo!
ANA (A Camilo.) A Valencienne es preciso salvar.
ZETA ¿Pero habla en serio?
ANA ¡Es natural!
VALEN. ¡Falso fué su amor!
ZETA Protesto con Danilo yo.
ANA (A Danilo.) ¿Usted?
DANILO ¡Yo, no! ¿por qué motivo protestar?
Os echaré mis bendiciones.
Yo sólo opino...
ANA ¿Qué opina usted?
DANILO Con mi torzal
haré un gran lazo,
nudo jamás.
Hoy libre soy,
y a la verdad,
su decisión me importa un bledo.
ANA Ustedes dudarán,
mas nos hallamos
junto al cráter de un volcán.

I

ANA Me casaré con Rosillón,
al uso de París
seré *madame* y él *monsieur*
lo mismo que en París.
Y nuestro amor será también
a estilo de París,
hará su gusto cada cual
como en el gran París.
¡Ris, rás! ¿hip? (Marcando el cancán.)
CORO (Bis.)

II

VALEN. La boda *chic* resultará.
ANA Al uso de París.
VALEN. El uno aquí y el otro allá.
ANA Lo mismo que en París.
VALEN. Amigos no la faltarán.
ANA ¡Estilo de París!
VALEN. Y si se quieren divorciar.

ANA Costumbres de París...

LAS DOS Y CORO ¡ Ris ! ¡ rás ! etc.

DANILO (Hablado.) Los celos tienen el corazón por cárcel. ¡ Cuán difícil es que se asomen al rostro !

En honor del desposorio
voy un cuento a referir :
oportuno me parece
por su asunto y por su fin :
a usted señora lo dedico
si atención yo la merezco,

ANA Sí tal ;
juzgarle así podré cual narrador,
que me impaciento ya. Le escucho.

DANILO (Hablado.) Pues señor...
De cierta gentil princesa
un príncipe se enamoró.
Entrambos se amaban dichosos
y un día riñeron los dos.
Razón el mancebo tenía,
y no volvió a hablarla de amor,
por grave traición la princesa
tan digno silencio tomó.
Y un día la ingrata ofendida
a otro dió mano y amor,
La afrenta al mancebo fué grande
y así tal infamia vengó...
¡ Oh, ingrata, soberbia princesa,
manchaste tu alcurnia y honor !
En la exposición de coquetas
un nuevo ejemplar ingresó.
Creerás que de celos me muero.
¡ Ja, ja, ja ! pueril presunción.
No pienso ya en ti ni soñando.
(Hablado.) El príncipe lo dijo.
(Cantado.) ¡ Yo no !...
Después añadió a voz en grito :
Conserva tu esposo para mejor ocasión...
(Cantado.) Y el príncipe fuése tranquilo
lo mismo que pienso hacer yo.

(Medio mutis.)

ANA (Levantándose.) ¿Adónde va usted?

DANILO Pues voy...
donde siempre me hallo bien,
al restorán *Maxim*
de noche siempre voy
y junto a las grisetas
espero el nuevo sol...
Con Loló, Dodó, Jou-Jou,
Clocló, Frou-Frou, Margot,
me olvido de las penas
que causa la traición.

(Vase por el fondo izquierda, le siguen Zeta y Camilo.)

ANA (Con júbilo.) (¡Me quiere y es suyo mi amor!)
¡Ris! ¡rás!, etc.

TODOS (Repiten.)

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Primero. Decoración corta que oculta la decoración posterior por medio de un gobelino (tapiz) que luego se alza. A derecha e izquierda, una cariátide de estilo moderno con una dama trilette de baile en postura graciosa e interesante.

Segundo. Decoración posterior. Después de alzado o corrido el gobelino aparece un elegantísimo restorán ultramoderno facsímile del «Maxim», de París. Mesas y sillas. Las mesas con pantallas de diversos colores, recipientes de champaña. A derecha e izquierda palcos diminutos. Al fondo, tanto a la derecha como a la izquierda, escalinatas que conducen al primer piso. Entre las dos escalinatas gran tribuna donde se sitúa la orquesta. Al fondo izquierda y derecha puerta con portier. Cuando se verifica la mutación aparecen Kromow, Pristkist, Bogdanowicht, cada cual junto a una mesa bebiendo champaña junto a su dama. Varios camareros sirven con sus delantales blancos y corren aquí y allá como en los restoráns. En la tribuna de la orquesta, cinco profesores con frac rojo, de los cuales uno dirige tocando el violín. Ejecutan todos los números excepto el duetto porque no están en escena. Durante el cake-wal, Ana aparece, contempla y presencia lo que ocurre en escena. Y después del número de las grisetas desaparece. Toilette adecuada al restorán.

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

NIEGUS y ZETA. La orquesta se oye detrás del gobelino

Hablado

ZETA — Conque ¿dónde están las prometidas grisetas?

NIEGUS — Por todas partes.

ZETA — Ya, ya, ¿pero por dónde?

NIEGUS — ¡Por doquiera!...

ZETA — ¡Y dale! (Oyese la orquesta dentro.) ¿Qué música es esa?

NIEGUS — Esos seductores sonidos parten del restorán de las grisetas, que yo, con mi talento y gusto especial, he invitado aquí en el palacio de la señora viuda de Glavari.

ZETA — ¿Invitado? ¡Oh! (Desilusionado.) ¡Entonces no se trata de auténticas grisetas!

NIEGUS — ¡Sí, excelencia! Loló, Dodó, Frou-frou y Cloclό... son verdaderas... un tanto acolchadas, ¿eh? pero genuinas. Respecto de las otras damas, incluyendo a la señora de vuecencia, las imitarán lo mejor que puedan.

ZETA — ¿Cómo, cómo?

NIEGUS — Digo que tratarán de representar su papel como si fuesen auténticas... ¡Vamos!... grisetas de nacimiento.

ZETA — ¡Ah! ¿De modo que mi mujer también anda en la danza? *¡En avant!*

NIEGUS — ¡Pues *en avant!* (Toca un botón, suena un timbre y el gobelino se alza. Mutación.)

CUADRO SEGUNDO

Facsímile del restorán «Maxim». Todas las mesas y palcos están ocupados. Gran cake-wal. NIEGUS, ZETA y TODOS.

ESCENA II

Dichos y DANILO, apareciendo en la galería, asombradísimo.

DANILO — Pero, ¿qué es esto? ¿Dónde estoy? ¡Ah! (Bajando la escalinata.)

ESCENA III

Dichos, las seis grisetas y VALENCIENNE. Luego un criado. Entran tres grisetas por la derecha y tres por la izquierda, magnífica «toilette» con sombrero. Valencienne en idéntico traje.

CANCIÓN DE LAS GRISETAS

VALE. Y GRIS. Aquí están las hechiceras
de París y sus afueras.
VALEN. Loló, Dodó, Frou-frou.
Clo-cló Yun, Margot.
et moi!
TODAS Por el *boulevard* de noche
¡tipi, tipi, tipi, tap!
las grisetas
pimpiretas
parecemos sin cesar.
VALEN. Son las plumas del sombrero
nuestro emblema singular,
nuestro mote largo el velo
y a los tontos desplumar.

I

TODAS Aquí están las hechiceras.
¡Ritanturi, tanturete
e voila les belles grisettes.
Les grisettes de Paris.
Ritanturi, tanturi!

II

VALEN. Como lindas pescadoras
disponemos bien la red,
y los peces de colores
atrapamos a granel.
TODAS ¡Tipi, tipi, tipi, tap!

III

VALEN. Cuando cae algún pez gordo
lo solemos conservar,
mas si caen sardinas tristes
las tiramos a la mar.

TODAS Aquí están, etc., etc.

(Todos repiten el cancán. Quedando al final sentadas las grisetas sobre las rodillas de los caballeros de las mesas, como ocurre en esta clase de restoráns. Grandes carcajadas; escándalo.)

Hablado

DANILO (A Valencienne.) Estoy verdaderamente sorprendido. Me permito dar a usted la enhorabuena porque resulta una genuina griseta.

VALEN. ¡Oh, disposición y talento artístico!

DANILO ¡Magnífico! (A Niegus.) ¡Qué improvisación tan preciosa!

NIEGUS Señor conde, a mí se debe. Lo que es en estos asuntos soy muy ducho.

DANILO Y ¿cómo se le ha ocurrido a la señora viuda semejante idea? ¡Peregrina y encantadora ocurrencia!

NIEGUS La señora dijo que deseaba que usted se hallase como en su propia casa.

DANILO ¿Eso ha dicho?

NIEGUS Sí, añadiendo que usted se hallaba solamente en su casa cuando se hallaba rodeado de verdaderas grisetas.

DANILO ¿Ah, sí? (Se vuelve, observando que Zeta, Bogdanowicht y Kromow bromean con las grisetas.) Pues resulta que toda la embajada pontenegrina parece hallarse en su propia casa.

CRIADO (A Zeta.) Excelencia: un telegrama urgente. (Entregándoselo.)

ZETA (Contrariado.) ¿Otra vez? (Lo abre.) ¡Del ministerio! Señores: convoco a ustedes *in*

continenti a una sesión extraordinaria. (A la concurrencia.) ¡ Permitidme un instante ! (Vanse todos menos los indicados.)

DANILO — Sentémonos, pues... (El restorán se desaloja poco a poco.)

ZETA — Señor secretario de la Embajada, descifre usted el telegrama.

DANILO — «Si los millones de la Glavari no pueden asegurarse, es inevitable la bancarrota.»

TODOS — ¡ Ah !

NIEGUS — ¿ Bancarrota? Expresiones a la patria.

ZETA — No veo más que un recurso. Acudo a vuestro patriotismo. ¿ Hay aquí un corazón patriótico? ¡ Palpite por ella ! La viuda debe casarse con un pontenegrino.

TODOS — ¡ Justo !

ZETA — Conde Danilo, pregunte a su corazón si está dispuesto al sacrificio.

DANILO — Le interrogaré; pero advierto a ustedes que si Ana se casa con Rosillón, yo me abismaré para toda la vida en un convento...

ZETA — Bravo. ¡ Es un patriota !

DANILO — ¡ En un convento de monjas !

NIEGUS — (Saliendo con un billete de mil francos en la mano.) Se salvó la patria. Me declaro solvente. Este es el honorario por mi intervención directiva... y por haber creado este restorán. Ahora voy a enseñar este pasaporte a las grisetas. ¡ Camarero ! (A uno que pasa.) ¿ Cuánto vale el champaña?

CAMARERO — De la señora viuda de Glavari, nada. ¡ Se reparte gratis !

NIEGUS — ¡ Entonces... mándeme a casa diez botellitas !

ESCENA IV

NIEGUS. Las seis grisetas y DANILO. Principia de nuevo la orquesta y la concurrencia se halla en el fondo. Las grisetas rodean a DANILO y bailan cantando la reminiscencia, «Tra-la-la-la-la.» ANA entra y sorprende el cuadro, sonriente: DANILO la ve, se detiene y por signos ordena a la orquesta que cese.

ANA — No hay que turbarse; ya me figuraba que encontraría a ustedes así...

DANILO — ¿Señora?

ANA — Era el fin que perseguía. ¡Tal mi ideal! Así están las cosas y ¡basta!

DANILO — (A las grisetas.) ¡Salud!

NIEGUS — Esto quiere decir que os larguéis. (Vanse las grisetas y la orquesta. La sociedad desaparece del todo. (A Ana.) Perdón, señora, no sea usted celosa. Servidor humildísimo. (Vase por la derecha.)

DANILO — ¿Señora?

ANA — (Coqueta, paseando por la derecha.) ¿Y bien?...

DANILO — Deseo hablar con usted de cosas muy serias.

ANA — Usted dirá. ¿Tiene la bondad de sentarse? (Se sienta.)

DANILO — Pocas palabras. Prohibo a usted que se case con Rosillón.

ANA — ¡Ah! ¿Usted me lo prohibe? Y ¿por qué?

DANILO — ¡Por... porque sí!

ANA — Entonces permítame usted que le diga yo el motivo, querido diplomático. Me prohibe usted que me case con Camilo Rosillón... (Levantándose un momento y mirándole cara a cara,) porque usted me ama.

DANILO — ¿Yo? ¡Ja, ja, ja, ja! (Levantándose.)

ANA — Vaya una risita tonta.

DANILO — No sé reirme de otra manera.

ANA — ¿Conque... me lo prohibe usted?

DANILO — Yo... y la patria.

ANA — ¿La patria?

DANILO — ¡Seguramente! Los veinte millones que

usted posee deben continuar en las arcas del tesoro nacional pontenegrino para nutrirlas honradamente...

ANA — ¡ Ah ! ¡ Comprendo ! ¡ Bien ! La patria nada tiene que temer. Yo no me casaré con Rosillón.

DANILO — (Contento.) ¿ No?... Pero el *rendez-vous* en el pabelloncito de marras...

ANA — (Ahora sí que tendrá que declarárseme.) (Alto.) Yo no tuve ningún *rendez-vous* con el señor Rosillón. La cita tuvo lugar con otra señora.

DANILO — ¿Con otra?

ANA — Una señora... casada. Quise salvarla de una situación difícil y la obligué a salir del quiosco por la puertecilla accesoria. ¡ Así están las cosas y... basta ! (Pasa a la izquierda.)

DANILO — (Fuera de sí por la alegría.) ¡ Otra señora ! ¡ Señora magnífica ! ¡ Señora sublime ! ¡ Bendita sea !... ¿ Y hasta el presente no se le ocurrió decírmelo? Yo que de rabia llegué a ponerme amarillo... y verde y...

ANA — (Muy coqueta, paseando despacio hacia la derecha de modo que casi toca su rostro con la cabeza de Danilo.) ¿ Por qué?

DANILO — (No sabiendo qué contestar.) Pues...

ANA — Hombre, ¿ quiere usted decirme una vez que me ama?...

DANILO — (Momento de olvido; intentando lanzarse a sus brazos.) ¡ Ana !...

ANA — (Con viveza y alegría inmensa.) ¿ Qué?

DANILO — (Risita especial.) ¡ Ja, ja, ja ! Surgió otra vez la risita tonta.

ANA — Pero, ¿ por qué se puso usted amarillo y verde?

DANILO — Por... causa de la patria.

ANA — ¿ Por la patria pasaba usted las noches esperando el nuevo sol en el restorán *Maxim?*

DANILO — ¡ Sí !

ANA — Es usted un...

DANILO Un ¿qué?... (Ana nerviosa pasa a la derecha y se sienta junto a la mesa. Breve pausa. Danilo la mira enamorado y principia pianísimo la música.)

DUETTO

DANILO Calle el labio que los ojos
dicen más,
porque en ellos asomada
el alma está;
cual destellos de oro
del naciente sol
se refleja en tu mirada
intenso amor.

ANA Inúndase mi ser
(Levantándose.)
de efluvio pasional.
(Cogidas las manos y mirándose ambos.)
de hito en hito así
te quiero siempre contemplar.
Libre el alma de sufrir
su grato ensueño consiguió
es nuestro porvenir
encantador...
(Mímica entre los dos.)

LOS DOS (Con gran pasión.)
Cual destellos de oro
de naciente sol,
se refleja en tu mirada
intenso amor.

(Desaparecen por la segunda izquierda; Danilo vuelve inmediatamente.)

ESCENA V

DANILO, ZETA, KROMOW, BOGDANOWICHT, PRISTKIST, por la derecha; VALENCIENNE, con las grisetas, último término. Todos.

Hablado

ZETA ¡Conque, Danilo, hable usted, cuente usted!

DANILO Pues... la señora viuda de Glavari ha declarado que no se casará con el señor Rosillón.

TODOS ¡Bravo!

ZETA Conde Danilo, es usted... un talento diplomático.

KROMOW Pero señor, ¿cómo es posible que una señora se comprometa de tal manera?

DANILO ¡To, to, to! es que la señora de Glavari no se comprometió... propiamente. Aparentó ser la comprometida por salvar a otra señora.

TODOS ¿A otra señora?

DANILO ¡A una señora casada!

BOG., ZETA., KRO. Y PRIS. ¡Ay, ay, ay! (Llevándose las manos a la cabeza.)

ZETA Y ¿quién es esa señora?

DANILO Eso lo ignoro.

KROMOW Mi mujer fué de seguro.

DANILO Señor Kromow...

KROMOW ¡Cuestión de fama!

ZETA (A Valencienne, que llega en aquel momento.) Valencienne, nuestra viuda alegre no se casará con Rosillón.

VALEN. ¡Alabado sea Dios!

ZETA Porque el *rendez-vous* no lo tuvo con ella.

VALEN. ¡Ah!

ZETA ¡Ana tomó la defensa en favor de otra! ¿Por quién? ¡Lo ignoramos!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, NIEGUS con el abanico y después ANA

NIEGUS Excelencia, en el quiosco se ha encontrado este abanico.

VALEN. (¡ Mi abanico !)

ZETA Este abanico se lo había entregado yo a usted. (A Danilo.)

DANILO Lo he perdido...

ZETA ¿ En el quiosco? (Abre maquinalmente el abanico, leyendo con horror.) ¡ Letra de mi mujer !

TODOS ¿ Eh?

VALEN. (¡ Ay de mí !)

ZETA Estoy al cabo... del quiosco. ¡ La culpable era mi mujer !

VALEN. ¡ Perdón !

ZETA ¡ No, señora ! ¡ Perdón, no ! ¡ Divorcio ! ¡ Ya estoy divorciado ! (A Ana que llega por la derecha del fondo.) Señora, soy libre, divorciado como soltero...

ANA Y ¿por qué?

ZETA Por este chisme. (Mostrando el abanico.) ¿ Y me permite en nombre de la patria pedir a usted su mano?

DANILO (¡ Vaya una embajada la del embajador !)

ANA Mucho me honra su petición ; pero vuecencia no hace a la patria ningún servicio. Debo decirle que según dispone el testamento de mi difunto marido Glavari, en el caso de nuevas nupcias debo perder entera la fortuna.

ZETA ¡ Ah ! (Rascándose la cabeza y contrariado.)

DANILO (Contentísimo.) Ana, ¿ de modo que si te casas no tienes dinero?

ANA ¡ Ni un céntimo !...

DANILO Entonces. ¡ Yo te amo ! ¡ Yo te amo ! (Arrodillándose ante ella.)

ANA ¡ Gracias a Dios que lo dijiste !...

ZETA ¡ La toma por mujer sin un céntimo !...

ANA (Sonriente.) ¡ No tanto ! Porque según dis-

pone el testamento de mi difunto, yo perderé los veinte millones que constituyen la fortuna, pero con la condición de que ésta entera...

ZETA — Ha de recaer en manos... del Tesoro nacional pontenegrino...

ANA — No, en manos de mi futuro esposo...

DANILO — Tu primer marido tenía un gran corazón. Conste que también me hubiese casado contigo si en vez de los veinte millones hubieras tenido... cuarenta.

ZETA — ¿Y este abanico?

VALEN. — Este abanico ha de devolverte la tranquilidad. Tú has reconocido mi letra... pero no te has fijado bien en lo escrito por mí.

ZETA — (Leyendo en el abanico.) «¡ Yo soy una dama de honor !» (A Valencienne.) No lo sabía. ¡ Perdóname ! (A Danilo.) ¡ Ay, qué mujeres !

TODOS — ¡ Qué mujeres !

Música, FINAL

ANA — Lindas flores de un bello pensil.
ZETA — Donde impera Cupido gentil...
DANILO — Las mujeres por siempre serán
de los hombres loco afán.

TODOS —
Mas pensando
en el árbol fatal
de la ciencia
del bien y del mal,
las mujeres
serán como han sido y hoy son
de los hombres
la perdición.

TELÓN

FIN

BIBLIOTECA
TEATRO MUNDIAL

Dirección: San Pablo, 21 - BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS

La Princesa del Dollar
La Ola gigante
El señor Conde de Luxemburgo
Captura de Raffles o el triunfo de Sherlock Holmes
El Sol de la Humanidad
Zazá
Mujeres Vienesas
Hamlet
Giordano Bruno
El nido ajeno
El Rey
Prisionero de Estado o la Corte de Luis XIV
Los Miserables
La ladrona de niños
Los dioses de la mentira
Cristo contra Mahoma
Juventud de Príncipe
Juan José
La sociedad ideal
La cizaña
Entre ruinas
La vida es sueño
Sabotage
Pasa la ronda
Magda
El Papá del Regimiento

El Alcalde de Zalamea
Los dos pilletes
D. Juan de Serrallonga
El Rey Lear
Espectros
Las Cigarras Hormigas
El Registro de la Policía
El vergonzoso en Palacio
La Fuerza de la Conciencia
Aurora
Eva
El Bufón
El Cuchillo de Plata
Nick Carter
La Cena de los Cardenales
¡Justicia Humana!
El Señor Feudal
El veranillo de S. Martín
El desdén con el desdén
Cuento inmoral
Amor de amar
La dama de las camelias
La domadora de leones
Los dos sargentos franceses
El Místico
García del Castañar
La fierecilla domada
El honor
El sí de las niñas
María Antonieta

La viuda alegre

Precio: DOS pesetas